



EL INVICITO

DAHIANA J. VÁSQUEZ S.

EL INICIO

Dahiana J. Vásquez S.

A la Dahi de 16 años que lo soñó y ahora lo ve realidad.

ÍNDICE

[Capítulo Uno El gran cambio](#)

[Capítulo Dos La historia del Ángel](#)

[Capítulo Tres El ataque en el parqueo](#)

[Capítulo Cuatro El reencuentro](#)

[Capítulo Cinco La rabia del perro](#)

[Capítulo Seis La Bestia](#)

[Capítulo Siete El guardián](#)

[Capítulo Ocho La noche del viernes](#)

[Capítulo Nueve El Cazador](#)

[Capítulo Diez Los fugitivos](#)

[Capítulo Once La primera batalla](#)

[Capítulo Doce Las ánimas](#)

[Capítulo Trece La Hiena](#)

[Capítulo Catorce El mensaje](#)

[Capítulo Quince El Ángelus](#)

[Capítulo Dieciseis La fe](#)

Capítulo Uno El gran cambio

Era inmortal, pero a qué precio. Su vida era solitaria. Estaba cansado y se sentía infeliz. Sabía que podía saciar su sed en el bosque, con animales, pero luchar a diario contra su naturaleza lo atormentaba. Por eso estaba ahí, frente esa cabaña abandonada. La puerta se abrió sin tocar, sabía que lo esperaba. El hechicero lo recibió con una sonrisa y tomó en sus manos una botella de color azul.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —preguntó, mirándolo dudoso. La mirada que le devolvió lo dijo todo.

Los *dhampir* eran criados para cazar vampiros, pero él había fallado. Luego de ingerir la sustancia que sabía a jarabe para la tos, salió sin rumbo fijo hasta llegar a un edificio. Se sentía alterado y tenso, su cabello oscuro se erizó y su rostro poco a poco se transformó.

Al escuchar los gritos los vecinos empezaron a salir de sus apartamentos. Cuando quisieron ocultarse, ya era muy tarde. El aparecido pasó sobre ellos, sin dejar rastros hasta llegar a la última puerta del pasillo.

Escuchó el sonido de tres corazones acelerados. Eran jóvenes estudiantes. El aparecido escuchó sus sollozos detrás de la puerta. Se encontraban agachadas, abrazadas unas a otras. No pudieron evitar que la puerta se estrellara contra el piso.

Se acercó a paso lento, una de ellas intentó salir corriendo, pero él la haló por sus trenzas rubias y la empujó. Las demás no pudieron más que quedarse estáticas observando cómo la levantó para luego tirar el cuerpo sin vida. Fue entonces cuando la más baja, de cabello castaño y corto, tomó una lámpara y se la lanzó con toda su fuerza.

Las dos muchachas aprovecharon su distracción para correr a la puerta, pero el tobillo de una quedó atrapado entre las manos del *dhampir*. La que quedó, salió del apartamento saltando por la puerta pero ya era muy tarde. Él estaba detrás. Se volteó, cerrando los puños y lo miró a los ojos.

Él la observó. Era una joven de mediana estatura, de cabellos negros que sobresalían de los hombros y piel clara. Pero sus ojos, su mirada lo hizo paralizarse. No fue hasta que escuchó su voz que reaccionó.

—¿Por qué hace esto? —dijo sin gritar, sin alterarse. Él no contestó—. Si me va a matar, ¡hágalo! —dijo resignada a lo peor—. ¿Qué espera?

La tomó del cuello, dispuesto a hacerla sufrir. Sin embargo, se detuvo al notar que una lágrima salía de aquellos ojos tan profundos. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se conmovía ante una lágrima?

—¡Vamos! ¡Termina con esto! —dijo desafiante.

Pero él no hizo más que observarla con una expresión contrariada en su rostro. No dijo nada, le soltó el cuello y dio un paso hacia atrás. Ella cayó al suelo tocándose la garganta. Cuando pudo recobrar el aire, volvió a mirarlo, mientras él seguía paralizado, tratando de entender lo que estaba sucediendo.

Ella lloró, pero aun así no dejó de mirarlo. Él se arrodilló y con su mano la tomó de la barbilla, ella reaccionó moviéndose hacia atrás, chocando con la pared.

Por un momento estuvo tentado a mostrar su forma humana, pero la mirada de terror que la joven le expresaba lo hizo desistir de esa idea. Le acarició el rostro y la besó sin malicia en la

comisura de los labios. Desde ese momento su vida sería diferente. Con ese beso se alejó de ella y, escuchando las sirenas de las patrullas policíacas, se retiró llevando en su memoria los ojos de aquella joven.

Capítulo Dos La historia del Ángel

452 días había pasado desde los sucesos de San Luis —como lo nombraron los periódicos—, Fey regresó a su rutina. Por un año se trató con psiquiatras a causa del trauma. Cambió de escuela y de carrera, se mudó con su hermano y empezó a cultivar cierta afición por las leyendas y los mitos. Muchos dirían que más que un interés curioso, estaba obsesionada con lo sobrenatural.

Al escuchar las sirenas, salió del edificio aturdido. Caminó sin rumbo por varias horas, hasta que la luz del día empezó a asomarse por el horizonte. Después de tanto caminar, se recostó bajo un árbol, no sintió la presencia del hechicero hasta que estuvo frente a él. Lo ayudó a ponerse de pie y se dirigieron a su cabaña. Una vez en su interior, le pasó una toalla húmeda para que se limpiara el cuerpo, mientras él hojeaba unos libros de las estanterías.

—No lo entiendo. Debió haber funcionado —dijo. Estaba confundido.

—Sí. Bueno, algo hiciste mal porque no funcionó. Al menos no del todo —comentó.

—¿Puedes decirme lo que pasó otra vez? ¿Cómo fue eso de que ibas a morder a esta chica y entonces...?

—Y entonces no pude —dijo, cortándole los ojos con mirada inquisidora.

—¡Lo tengo! —exclamó el hechicero, sacó un libro del estante emocionado. Lo colocó encima de la mesa y lo abrió. Él se acercó.

Al fin se detuvo en una de las páginas la cual poseía una imagen de un *dhampir* con el título de «Ángelus». De inmediato supo que se trataba de su biografía.

El hechicero empezó a leer en voz alta: «Ángelus es conocido por ser un *dhampir*, es decir un ser mitad vampiro y mitad humano. Descendencia directa del vampiro Kafka y de la humana Fernanda. Fue criado por su madre hasta la edad 12 años, cuando la villa donde residía fue atacada por los lobos del Este. Su madre pereció en el ataque. Está destinado a ser un cazador de vampiros».

—¿Quién escribe estas cosas? —le preguntó al hechicero cuando terminó de leer.

—¿No hay otra página? Esto es algo que ya sabía —exclamó sorprendido.

—Bien, hemos aprendido que no todo está en los libros —dijo en tono irónico.

—Tiene que haber algo aquí —señaló mientras ubicaba el libro frente a la luz.

—Bueno, ahí no dice cómo el señor Kafka me encontró y me obligó a matar a esas personas —dijo al tiempo en que volvía a sentarse en la silla.

—Cierto... espera, ¡eso es! ¡Eres un *dhampir*! ¡Estás destinado a ser un cazador, no un asesino! —exclamó una vez más el hechicero mientras cerraba el libro y sacaba otro del mismo lugar.

—Pero no soy un cazador, y eso no explica mis deseos de...ya sabes...—dijo sin entender a dónde quería llegar el anciano.

—Tienes que entrenarte para serlo, y la poción está supuesta a actuar a favor de tu naturaleza, no en contra. Y tu naturaleza no es matar humanos, sino vampiros.

—¿Y qué tiene que ver la joven con eso?

—Tengo la ligera sensación de que no es una humana normal —respondió con una ligera sonrisa en el rostro.

—¿Y cómo lo vamos a averiguar? —respondió adivinando sus intenciones.

—Fácil, acércate a ella y conócela. Quiero ver qué otro efecto tiene en ti —respondió acercándose a él.

—¿Y cómo esperas que haga eso? —dijo pensando que su amigo estaba loco.

—Se me ocurren una o dos ideas...

Al siguiente día, la muchacha, como era su costumbre, estaba sentada en una de las mesas de la biblioteca pública, con la cabeza hundida en libros. Solía acaparar toda una mesa para sí sola y dejar encima varios tomos abiertos. Se encontraba tan concentrada que apenas se dio cuenta cuando su teléfono celular empezó a vibrar.

—¿Dónde estás? —oyó una voz aguda del otro lado del auricular.

—En la biblioteca —contestó como si la pregunta estuviera de más.

—¿Otra vez? ¡Fey! ¡Ya olvídale! ¡Eso sucedió hace mucho tiempo!

—452 días —le cortó.

—¡Más de un año! —respondió—. ¿Por qué no dejas eso y vienes a casa, comemos algo, vemos una película... te distraes —dijo casi rogando.

—No, gracias, prefiero terminar esto antes de que sea más tarde —respondió cansada.

—Cinco minutos para cerrar —anunció la bibliotecaria apagando las luces de los pasillos.

—Te hablo luego —dijo mientras recogía sus cosas.

—Esperaré por ti para cenar, más te vale que llegues si no quieres que muera de hambre —la amenazó risueña.

Capítulo Tres El ataque en el parqueo

Roxan no entendía por qué su mejor amiga seguía obsesionada con los recuerdos de esa noche. Se conocían de toda la vida, habían crecido juntas y Roxan fue testigo de los cambios de Fey.

Fey creció con su abuela y su hermano mayor, Ted. Ellos eran su única familia tras la muerte de sus padres. Apenas tenía seis años cuando fueron asaltados en medio de la carretera y los ladrones les dispararon sin querer.

La noticia se publicó en los diarios, por lo que la mirada condescendiente de todos a su alrededor era parte de su día a día. Su abuela le había enseñado que todo ocurría por una razón. Incluso, aquellas cosas horribles sin explicación. A la larga, sus padres estaban en un mejor lugar desde donde podían protegerla y velar por ella. Siempre le decía que era especial, que de sus manos siempre emanaba luz, aunque ella no lo entendía.

Esta idea le permitió crecer tranquila y en paz, al lado de sus seres queridos, aunque no podía negar que sentía cierto rencor hacia cualquier delincuente o ladrón. A pesar de ese sentir, todos decían que era alguien especial: agradable, servicial, atenta... Pero, tras el incidente se había encerrado en sí misma, casi no hablaba y evitaba que cualquiera le dirigiera la palabra.

Envuelta en esos pensamientos, no se había dado cuenta de la hora hasta que la empleada anunció el cierre de la biblioteca. Tras cerrar el teléfono, caminó distraída a la parada de autobuses pensando en el último texto que había leído sobre los demonios terrestres. De pronto, escuchó un grito que la paralizó. Apenas empezaba a respirar de nuevo, cuando volvió a escucharlo. Dejó caer sus libros y miró a su alrededor.

Alguien estaba siendo atacado cerca del estacionamiento. Ella debía de hacer algo. Pero, ¿qué? Una vez más se escuchó el grito desesperado.

Salió corriendo en dirección a los gritos que parecían ahogarse poco a poco, cuando llegó al lugar de los hechos. Se quedó paralizada al ver como una muchacha no mayor que ella parecía haber sido atacada por algún animal. Y lo vio.

Era una especie de perro de gran tamaño, de un color negro azabache. De su labio inferior brotaba la sangre de la joven que acababa de atacar, de su hocico salía espuma como si estuviera sufriendo algún ataque de rabia.

Fey estaba petrificada, no tenía cómo defenderse y mucho menos con qué hacerlo, respiró hondo y se armó de valor para hablar.

—¿Es... estás bien?

—Duele... duele... —dijo con la voz apagada.

—Tran... tranquila. No te muevas —dijo mirando a aquel perro que empezaba a verla—. Dios, ¿qué hago? Si esta chica no va a un hospital se va a desangrar y si este perro ataca, seremos dos las muertas —pensó mientras ideaba alguna manera de salir de ese aprieto.

La muchacha volvió a gemir. Ella tenía que hacer algo. Para llamar la atención usó los sonidos de su celular. Buscó en su carpeta de música y colocó una pieza que al escucharla, el animal se le acercó.

De pronto, la batería del celular empezó a fallarle y el aparato se apagó, la bestia empezó a salir de su trance. Movié la cabeza de un lado a otro, tomó impulso y se abalanzó hacia ella,

haciéndola caer al suelo.

Alguien se adelantó al ver la escena y la apartó de aquella bestia. Ella se irguió algo confundida. Ahora quien parecía asustado era el animal y retrocedía poco a poco con más rabia. Ella trató de ver a la persona que la ayudaba, pero estaba muy oscuro. Escuchó unos gemidos, recordando a la joven y se acercó a ella.

—Tranquila —le susurró— vas a estar bien, tienes que calmarte.

—Me duele...

—Pronto llegará la ambulancia —le dijo.

Escuchó otro gemido, pero esta vez proveniente de donde estaba el animal. Volteó la vista y vio cómo se alejaba corriendo, medio cojo de una pata. Trató de ver alguna señal de la otra persona, pero no la encontró y para su alivio, escuchó las sirenas de una ambulancia acercándose.

Estaban salvadas.

Capítulo Cuatro El reencuentro

De lejos, Ángel la observó. No podía creer que la había encontrado. Pasó poco más de un año de búsqueda, sin saber el por qué. Algunos animales lo ayudaron a saciar su sed en el trayecto. Era más fácil y cómodo perseguir conejos que a los humanos.

Esa noche trataba de buscar un sitio para descansar. Pero descubrió que un humano estaba en peligro. Se dirigió al lugar y justo cuando la Bestia negra se abalanzaba contra una muchacha él se interpuso, evitando la agresión.

Luego de un duelo de miradas la Bestia se le abalanzó, él levantó el brazo derecho para defenderse y fue mordido, pero aprovechó la cercanía para golpearla con el brazo izquierdo. Al caer al suelo, el animal gruñó y se retiró.

Ángel se sentía extraño, era la primera vez que ayudaba a alguien. Cuando se recompuso, se quedó paralizado al ver a la joven que andaba buscando. No tenía ni idea de quién era ella, pero solo le bastó observar sus ojos color café para darse cuenta de que su viaje había terminado.

No tuvo el valor de acercarse, apenas si podía dirigirle la palabra. Decidió desaparecer de su vista no sin antes pedirle a un chico que pasaba por ahí que llamara al 911. Ahora la observaba a los lejos, no pensaba perderle la pista después de lo que había pasado para encontrarla.

Roxan no la dejaba hablar. Desde que llegó al hospital empezó a regañarla por no haberle hecho caso y salir más temprano.

—Déjala respirar, Rose —dijo Ted, quien ya estaba cansado de escucharla.

—¡Pero es que es verdad! Y tú eres peor, porque eres su hermano y en vez de censurarla lo que haces es... —dijo.

—¡Ya! Tranquila, para qué la voy a regañar, si ya contigo le basta y le sobra —dijo—. ¿No ves que estuvo a punto de morir? ¡No necesita que la regañen! —le gritó, señalando a su hermana. Roxan no tuvo más que bajar la cabeza apenada por su actitud.

Los policías estaban confundidos y no sabían cómo actuar. Eso de que un perro con rabia atacó a una joven en el estacionamiento les sonaba poco común.

—Al parecer las situaciones extrañas la persiguen, señorita Hope —escucharon la voz del agente a cargo, quien se acercaba a ellos.

—¿Ya me puedo retirar? —preguntó ella.

—Sí, ya puede irse —dijo revisando unos papeles que tenía en las manos—. Esperemos que el control de animales se haga cargo de este asunto.

—¿Cómo está la joven? —preguntó.

—Su estado es delicado, no le mentaré. Las heridas son profundas y ha perdido sangre —dijo con pesar.

—Pero, ¿se va a recuperar? —preguntó Roxan.

—Eso creemos, solo queda esperar —dijo en un suspiro. Dio las buenas noches y se retiró.

Esa noche Fey no pudo dormir. Volvía a tener las mismas pesadillas que la atacaban todas las noches; en ellas veía como dos de sus amigas más cercanas gritaban y se caían. A esto se le añadió la imagen de una joven tirada en el suelo de un estacionamiento, con heridas en el cuerpo. Un enorme perro jadeaba y se acercaba sin dejar de mirarla. De pronto, la escena cambió por

unos ojos que la miraban, pidiéndole disculpas por lo que había hecho.

Su sueño era intranquilo. Esas imágenes extrañas sucedían una y otra vez. La ventana estaba abierta y entraba un aire frío. Ángel estaba a su lado, tenía ganas de tocarle el rostro, pero se contenía. Nadie debía saber que estaba ahí, así que solo se quedó arrodillado a los pies de su cama, velando su sueño.

Miró a su alrededor. Por toda la habitación había fotos de ella junto a su familia o amigos. Se detuvo en una que estaba en la mesita de noche al lado de su cama. En esta la identificó a ella y a sus dos amigas. Una sensación desagradable lo invadió; ahí estaban sonrientes, parecían tan tranquilas, tan alegres, tan diferentes a como él las recordaba...

Ella hizo un movimiento, estaba a punto de despertar. Él dejó la fotografía en su lugar, le dio una última mirada y se marchó. En ese instante ella abrió los ojos alterada. Miró alrededor, estaba sola.

Sintió frío y se fijó en que la ventana estaba abierta, se puso de pie para cerrarla. Se detuvo un rato mirando hacia el cielo y suspiró. Volvió a su cama pero antes de acostarse se percató de que una de las fotos estaba en una posición diferente.

Capítulo Cinco La rabia del perro

Ángel estuvo el resto de la noche en vela, se sentía confundido. La imagen de la fotografía se repetía una y otra vez. Caminaba cabizbajo sin fijarse demasiado en las personas. Se sorprendía de ver gente en la calle a esa hora. Caminó por un largo rato y llegó a un barrio en donde se encontró a varios mendigos durmiendo a la intemperie.

Ángel se daba cuenta de que él y ellos eran similares; sin un lugar a dónde ir, ni nadie que echara de menos su ausencia. Cansado de caminar se sentó en un rincón. Un señor con barba, cabello canoso y vestido con harapos se sentó a su lado. Le ofreció un pedazo del pan que comía y este lo rechazó, prefería estar solo. Pero el señor insistió.

—¿Día difícil? —preguntó—. Todos hemos tenido días así — continuó al notar que Ángel no respondía—. Usted debe tener grandes problemas, por eso viene a pasar la noche aquí.

—¿Cómo lo sabe? — preguntó extrañado.

—Bueno, no hay que ser experto para darse cuenta de que usted no es de este barrio. Tan solo mírese, su ropa no tiene hoyos, ni está cosida a retazos. —Ángel no respondió.

—Me da la impresión de que es una persona callada —dijo. Ángel lo miró. Algo le decía que ese hombre no era un simple mendigo—. Amigo, no sé cuál será su problema, pero le aseguro que todo tiene solución en esta vida —le sonrió como si lo conociera de siempre.

—No me mire así. Sé muy bien lo que digo. Aun no me he vuelto loco —añadió.

—Pues está a punto... —contestó Ángel, escéptico.

—Usted tiene buen sentido del humor ¿eh? Es grato saber que sus problemas no le han quitado eso —esta vez fue Ángel quien sonrió.

—Mis problemas son complejos —dijo en un tono más serio de lo usual.

—Amigo mío, todos los problemas tienen su grado de complejidad —dijo mientras masticaba un pedazo de pan.

—Señor, usted no me conoce, ni sabe la naturaleza de mi situación —dijo.

—Por eso las personas terminan mal —dijo el hombre más para sí que para Ángel—. Para resolver un problema lo primero es estar consciente de que existe.

—¿Trata usted de darme una charla motivacional? —preguntó Ángel.

—Luego... —continuó—. Hay que estar conscientes del por qué queremos resolver el problema o si en verdad queremos resolverlo. Unos tienen miedo a perder. Han luchado tanto por conseguir algo y se han caído tantas veces en el intento, que piensan que otra decepción acabará con ellos —dijo mientras se ponía de pie.

—No termino de entenderlo —comentó Ángel.

—No hace falta que me entienda, solo no se rinda justo cuando su meta está al doblar la esquina, porque las oportunidades no se repiten... Ángelus —mencionó su nombre casi en un susurro, sonrió y se retiró.

Ángel quedó perplejo. ¿Quién era ese hombre y por qué sabía su nombre? Se puso de pie y comenzó a buscarlo, pero el señor desapareció.

La luz del alba se asomó por el horizonte. Desde su infancia no había querido volver a ver la luz del sol. Se había aferrado tanto a su vida nocturna que nunca se molestó en compartir el día

con los humanos. Pero esta vez el amanecer lo sorprendía sin darse cuenta.

Como de costumbre, Fey se despertó temprano. Ese día decidió variar un poco sus actividades cotidianas. Lo primero que hizo fue ir al hospital para conocer el estado de salud de la muchacha de la noche anterior. No la conocía a fondo, pero solía verla por los pasillos de la biblioteca de vez en cuando. Aun sin conocerla, Fey presentía que ambas tenían una estrecha relación.

Entró al hospital. Subió a la habitación indicada y entró. Se sorprendió al verla todavía dormida. Le estaban aplicando algunos somníferos para calmar el dolor que le producían las heridas. Sus manos estaban vendadas y debía recostarse de lado para no lastimar su espalda. La joven estaba acompañada por su madre, quien al ver a Fey entrar a la habitación le hizo señas para salir.

—Se encuentra estable. Los médicos aún no aseguran nada —dijo la mujer y de inmediato le preguntó—. ¿Fuiste tú quien la ayudó? —Fey asintió—. Si no hubieras llegado... pero llegaste, gracias al cielo, llegaste —dijo tomándola de las manos.

—No fue nada, en realidad no hice mucho —respondió apenada.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo con dulzura.

—Claro —contestó.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo lograste ahuyentar a esa cosa sin resultar herida? —preguntó con curiosidad.

—En realidad no fui yo. Traté de distraerla pero hubo otra persona, alguien más apareció de la nada y lo espantó.

—¿Supiste quién era? —preguntó curiosa.

—No, estaba oscuro y de espaldas a nosotras. No pude ver su rostro.

Hasta ese instante no se lo había preguntado. ¿Quién era esa persona? ¿Por qué no se identificó? ¿Por qué desapareció de repente?

Al salir del hospital decidió dar un paseo. Todavía le quedaba una hora antes de su primera clase y no valía la pena ir a la biblioteca tan temprano.

Se sentó en la cafetería de la universidad. Muchos jóvenes que salían de allí comenzaron a señalarla. «¡Qué rápido se enteran de las cosas aquí!», pensó.

A la hora de entrada fue directo a su aula. A mitad de camino,

algo la hizo detenerse. Una sombra la observaba. De repente tuvo esa sensación de que algo no estaba bien. Sus ojos pestañearon. La sombra permanecía a pesar de la distancia que la separaba de su objetivo. Fey no estaba segura de qué era. Dentro del aula no logró concentrarse. El relato del profesor sobre el tema de las revueltas obreras en 1925 aburría. Tanto así que más de la mitad de la clase permaneció cabizbaja, con los ojos entrecerrados.

A la hora de la salida, continuó con ese extraño sentido de persecución. Detuvo el paso y decidió enfrentar lo desconocido. Se dirigió al lugar desde donde se veía la sombra, caminó deprisa, un poco nerviosa. Cuando estuvo cerca, aminoró el paso. Por un momento creyó que sus ojos la engañaban. Pero no, no estaba dormida, ni era un sueño.

Debajo de la estatua de uno de los fundadores del complejo estudiantil, yacía sin conocimiento el cuerpo de un joven de su misma edad. Su mirada expresaba sorpresa ante lo que veía en la misma dirección donde ella se encontraba.

Capítulo Seis La Bestia

Era la primera vez que Ángel presenciaba un amanecer. Al principio le costó adaptar su vista a la luz del día, pero luego se acopló. Empezó a caminar para aprovechar la luz solar, cuando una leve lluvia comenzó a caer.

Luego de sentir las gotas sobre su rostro, volvió a la casa de la joven con la esperanza de verla. Se acercó a la ventana del primer piso y vio a un hombre alto, de cabello tupido hablando por teléfono.

—¿Me estás jodiendo? —exclamó desconcertado por el auricular—. ¿Estás seguro? —al parecer la persona del otro lado confirmó y exclamó— ¡Oh por Dios!

Ángel no entendía lo que sucedía, pero algo le decía que tenía que ver con ella, así que se dirigió a la habitación de Fey y, al encontrarla vacía, volvió a asomarse por la ventana de la sala.

—¿Dónde está Fey? —preguntó el hombre un poco nervioso.

¿Fey? ¿Quién era Fey? Hasta ese momento no había reparado en un pequeño detalle, ¿cuál era el nombre de la joven?

Fey...repitió, luego vio al desconocido salir de la casa. Entró por la ventana semiabierta de la habitación. Empezó a husmear entre sus papeles, tratando de conseguir algo que lo ayudara a aclarar sus dudas. Notas de la escuela, periódicos viejos con noticias, apuntes de anormalidades...

Al leer el título en la primera página del cuaderno, se extrañó. ¿A qué se dedica esta joven? Tomó la libreta y la guardó en uno de sus bolsillos y siguió buscando hasta que encontró un carné con su fotografía, edad y nombre.

«Fey Hope. Estudiante de Derecho. Universidad Central de Ciencias Avanzadas (UCCA). 22 años».

—Una abogada... —pensó. Memorizó las siglas de la universidad y se dispuso a dejarlo todo como estaba—. Veintidós años... —se dijo— Fey...Fey Hope —repitió su nombre en voz alta y una sensación extraña lo invadió. Recordó lo que había escuchado. Ella no debía estar a solas.

Salió de la habitación por donde mismo entró y se dirigió a la UCCA, donde suponía se enteraría de lo que sucedía.

De su parte, Fey estaba desconcertada por tantos sucesos extraños ocurridos a su alrededor. Cuando sus padres fallecieron creyó que el mundo se acabaría, pero logró superarlo. Sin embargo, ahora... Ahora que había sido testigo del deceso de sus amigas, ahora que sabía que los seres sobrenaturales sí existían, ahora...

La lluvia caía con intensidad. Fey caminaba sin rumbo, preguntándose cuándo lograría encontrar un poco de paz en su vida.

Ted estaba preocupado, tras el interrogatorio de la policía, nadie supo darle dato del paradero de su hermana.

Ángel ya se encontraba ahí. Con su forma humana podía pasar inadvertido, incluso muchos lo confundían con un estudiante más. Empezó a sentir hambre. Le costaba poder controlar sus impulsos, pero recordó las palabras del hechicero.

Al dar con el lugar de los hechos, los agentes tomaban fotos del hecho. Mientras tanto,

conversaban sobre lo sucedido.

Conocía esas marcas de sobra y supo que el culpable era la Bestia.

—Triste ¿no? —comentó uno.

—¿Cuál es el nombre del muchacho? —preguntó otro.

—Es estudiante de medicina, no recuerdo el nombre —respondió un tercero.

—¿Y qué pasó con la otra joven? —volvió a decir el primero.

—Luego del interrogatorio no se ha sabido de ella —comentó el segundo.

—Pobre muchacha, debe estar pasándola muy mal ahora mismo... —añadió el tercero.

—¿No les parece raro, que luego de ser atacada, sea ella misma quien encontrara a otra víctima? —otro comentó.

—¿Cuál es el nombre de la chica? —preguntó de nuevo el segundo.

—Hope, Fey Hope —terminó diciendo el tercero—. Será mejor que avancen antes de que se haga más tarde.

Él entendió lo ocurrido. Tomó un poco de la poción que su amigo le había dado y fue en busca de la Bestia. No era difícil, solo tenía que seguir su olfato. Era la mascota preferida del lado oscuro y por lo tanto su olor se distinguía de cualquier otro humano. Además, estaba herida y con ganas de comer, no estaría lejos.

Él sabía moverse muy bien por ese mundo y con el clima que hacía se le era mucho más fácil. La noche caería temprano. De todos modos, eso representaba un peligro para los humanos, porque como toda criatura, la Bestia hacía sus ataques al anochecer. No se sabía cuál era su origen, pero no era un simple perro con rabia, no. Era la Bestia.

La Bestia aguardaba serena, no poseía conciencia ni razón, no podía saber por qué cometía estos actos, solo tenía instinto. Le gustaba sentir el miedo de los humanos. Se acercó con sigilo saboreando de antemano su triunfo y, al mismo tiempo, molesta por su pata trasera. Pero no importaba, en pocos instantes tendría su siguiente presa. Y por extraña casualidad sería Fey, que en esos momentos caminaba por el lugar sin rumbo fijo.

El muelle estaba desértico, los barcos se desviaban a causa de las gigantescas olas consecuencia de la lluvia, todo estaba a oscuras exceptuando las luces que alumbraban el área. De pronto, un relámpago cayó en una de las líneas del tendido eléctrico y causó una avería que terminó de apagar las luces.

Fey estaba en trance, el miedo se intensificó ahora que se encontraba a oscuras. No tenía ni idea de cuál dirección seguir y ni siquiera estaba segura de si quería continuar el camino.

De la nada, sintió que caía al suelo mientras un dolor apareció en su espalda, como si le estuvieran extrayendo la piel a carne viva. Gritó, las lágrimas salían de sus ojos, sintió que la halaban por la mano izquierda. No era cualquier halón, algo la mordía con fuerza. Un trueno la hizo reaccionar y con un movimiento de su pierna empezó a patear a la Bestia que la atacó hasta que esta la soltó con un gemido al ser lastimada en la pata herida.

Se llevó la mano al pecho. No sólo sintió la mordida, sino que vio como un extraño fuego azul salía de ella. Trató de ponerse de pie, pero no podía, así que solo se sentó en el suelo y trató de ubicar a su atacante, pero no podía ver nada. La lluvia mojó su rostro con intensidad y entonces sintió la respiración de aquel extraño ser a su derecha. No tenía escapatoria.

Escuchó una voz que le gritó: ¡Abajo! Y sin pensarlo agachó su cuerpo justo al momento en que

algo pasó por encima de ella. Se quedó agachada, temblando, sin fuerzas. Alguien la ayudaba.

La Bestia estaba furiosa, no sólo tenía la pata lastimada, también sentía como le quemaba el hocico, y ahora un desconocido se interponía entre ella y su presa. Ángel la miró con enojo.

Al reconocer de quién se trataba, la Bestia supo que estaba perdida, pero no había vuelta atrás. Era su segundo enfrentamiento con Ángelus.

Él la observó, la Bestia gruñó enfurecida, luego se le tiró encima. Ángelus la golpeó de tal forma que la hizo gemir de dolor, ella empezó a aullar. Él la tomó de la cabeza y la mordió.

De su parte, Fey no podía escuchar nada a causa de los truenos. El dolor de su mano se intensificó cada vez más, pero era la espalda que la hacía sentir que en cualquier momento se desmayaría. Ángel volvió a su lado, se quitó la chaqueta para resguardarla de la lluvia, tomó su mano herida y empezó a vendarla con un pedazo de tela rasgado de su camisa. El fuego azul ya no estaba.

—¿Quién eres? —preguntó tiritando de frío, tratando de ver su rostro.

—Nadie... —contestó él—. Tiene que ir a hospital, ¿puede caminar? —le dijo.

—No lo sé, eso creo. Pero, ¿quién eres? ¿dónde está esa cosa?

—No volverá, ya no se preocupe por ello. La guiaré hasta el hospital —ella se limitó a asentir con la cabeza.

Él la ayudó a caminar. No lograba entender por qué se sentía así cuando estaba a su lado. ¿Quién era ella que le provocaba esas emociones?

Su única meta en la vida desde aquel momento, fue protegerla y mantenerla a salvo aunque para ello debía mantenerse en el lado claro.

Capítulo Siete El guardián

Una vez cerca del hospital, Ángel se detuvo. Fey se sentía extraña frente a un hombre que no era su hermano. Durante todo el trayecto él la sostuvo para que pudiera caminar sin mayores tropiezos.

—Bien, hasta aquí llevo. No se preocupe, que va a estar bien, unas enfermeras se encargarán de usted —dijo sin dejar de sostenerla.

—¿Quién eres? —tratando de verle el rostro.

—¿Puede devolverme mi chaqueta? —le pidió.

—¡Ah, claro! —ella afirmó mientras se quitaba la chaqueta con su ayuda.

Fey lo conocía de alguna parte, pero no estaba segura de dónde.

—Procure no caminar sola por ahí —dijo, y se marchó.

Como bien le había predicho el aparecido, unas enfermeras fueron a buscarla casi al instante, unas horas después llegaron Ted y Roxan junto a la policía. Después de tomar el testimonio de Fey, los oficiales fueron al muelle y allí encontraron las cenizas. En el informe posterior escribieron que un rayo lo impactó. Fuese lo que fuese, sabían que ya no tenían que preocuparse por aquel perro de gran tamaño. El caso estaba cerrado.

De su parte, Ángel se refugió en un motel cerca del muelle. Por alguna razón aquel lugar le agradaba, pues podía sentir el aroma del mar y ver el amanecer. Recién llegó se acostó en su cama y observó su chaqueta con añoranza, pues ella la utilizó y el olor de su fragancia estaba en aquella pieza de vestir.

Una libreta de notas salió de un bolsillo del abrigo. Recordó haberla visto entre las pertenencias de la joven, la recogió del piso y comenzó a hojearla. Descubrió todo tipo de anotaciones sobre criaturas del bajo mundo; dibujos, nombres, orígenes. Le dio la impresión de que la joven estaba realizando una exhaustiva búsqueda para encontrarlo a él. Al llegar a una de las últimas páginas observó el dibujo de su padre, seguido de varios datos biográficos. Al ver esa imagen el corazón le dio un vuelco.

Fey duró dos días interna y, a pesar de su mejoría, todavía no estaba en condiciones de ser dada de alta. Entre otras dolencias, aun tenía la mano vendada por la mordida. La última noche que pasó en el hospital se acercó a la habitación de la joven a quien había ayudado días atrás. Ambas conversaron y esto la animó porque al fin encontró a alguien que entendía su situación.

—Todavía falta mucho para que me recupere por completo —dijo la chica en voz baja y ronca—. Tienes suerte que te vas mañana.

—A lo mejor... —Fey no estaba segura de si quería salir del hospital y continuar con su vida llena de sucesos que le provocaban pesadillas.

—No tengas miedo, puede que la vida te sorprenda —comentó sonriéndole. Fey se sintió calmada. En eso entró una enfermera, quien la ayudó a volver a su cama.

—Espero que te mejores pronto, prometo seguir visitándote —dijo.

—Cuando vuelvas a ver a nuestro guardián, le mandas mis saludos —dijo la chica sonriendo.

Ella esperaba no tener que volver a encontrarse con el guardián misterioso.

Una vez en la habitación, la enfermera la ayudó a recostarse en la cama, le dio unas pastillas para el dolor y revisó que todo estuviera en orden.

—Su guardián debe estar muy atento —comentó la enfermera.

—¿Disculpe? —preguntó Fey sin entender.

—Eso —dijo sonriente.

—¿Usted cree? —preguntó, incrédula.

—Bueno, por lo que dijo su amiga así debe ser —su mirada le transmitía paz.

—Sí, supongo que así es —dijo pensativa.

—No sabe lo que el futuro le tiene deparado —Fey se extrañó, ¿acaso estaba leyendo sus pensamientos?

—Pero... cómo es que... —preguntó.

—Sus pensamientos se expresan por sí solos en su cara —dijo guiñándole un ojo mientras dejaba la carpeta y se dirigía a la puerta—. No tema dormir, no tendrá sueños malos. Además, los sueños son el mejor remedio para encontrar solución a todo—y sin más se retiró.

Fey se quedó pensativa. ¿A qué se refería al decir que los sueños son el mejor remedio para encontrar solución a todo? Sentía que esa frase tenía un gran significado, pero no estaba segura de cuál era. Miró por la ventana, la noche era hermosa, las estrellas poseían un brillo especial... «Los sueños son el mejor remedio para encontrarle solución a todo», murmuró mientras poco a poco se quedó dormida.

Capítulo Ocho La noche del viernes

Ted lo decidió, se irían de la ciudad a primera hora de la mañana. El problema era que esta vez ella se negaba.

—¡Pero Fey! ¿No entiendes lo que está pasando? Este lugar no es seguro, es como si estuviera hechizado o algo así —exclamó, tres días después de que ella saliera del hospital.

—Si realmente fuera a morir, ya hubiera pasado, ¿no crees? —dijo mientras buscaba entre sus cosas.

—Eso ha sido suerte, pero y si se te acaba, ¿eh? ¡No puedes arriesgarte así! —dijo molesto.

—Ted, entiendo tu preocupación y te lo agradezco, en serio —desorganizando los papeles del escritorio—. Pero no pienso irme, no ahora...

—Fey, te lo pido, te lo ruego solo trato de protegerte. Nuestros padres quisieran que estuviéramos a salvo —Fey se detuvo unos instantes y lo observó a los ojos.

—Creo que ellos prefieren que sigamos nuestros instintos y nos enfrentemos a las cosas —Ted la miro.

—Recapacita, no estamos hablando de cualquier situación, estamos hablando de cosas que no entendemos, ¡cosas que nadie puede entender! —se acercó a ella y puso una mano en su hombro—. Hermana, entiende. Solo quiero tu bien —al decir esto bajó el tono de voz.

—Lo sé —dijo al fin—. Aprecio mucho tu preocupación, pero no me iré —mirándolo a los ojos.

—Pero... —trató de objetar.

—No, Ted. Si quiero acabar con esto debo enfrentarme a lo que sea que está pasando.

—Estás arriesgando tu vida —dijo.

—No, no es la vida lo que arriesgo, es mi presente y mi futuro.

No hubo más que decir. Ted la abrazó y en silencio se retiró de la habitación. Ella siguió buscando. Necesitaba su cuaderno de notas, era indispensable si quería encontrar respuestas a sus preguntas, pero ¿dónde estaba?

Esa noche Ángel volvió a casa de Fey, cambiado y arreglado, como lo hacía casi todas las noches sin que nadie se diera cuenta. Vio que buscaba algo con desesperación y entonces recordó la libreta que poseía.

Se asustó cuando notó que ella se acercaba a la ventana. Pensó rápido. ¿Dónde ocultarse?

Ella abrió la ventana, se apoyó en el barandal con su mano derecha y fijó la vista al frente. Todo estaba tranquilo, muy tranquilo. Suponía que era señal de que las cosas mejorarían. Escuchó un trueno a lo lejos, así que entró la cabeza y cerró las ventanas.

Respiró hondo, por un momento pensó que lo descubrirían, pero no. Logró subirse al barandal de la parte superior de la ventana. ¡Qué suerte que estaba nublado! Bajó al escuchar la puerta de la habitación abrirse. Empujó la ventana y entró. Arrancó las últimas hojas del cuaderno de notas y lo colocó sobre la mesa de la esquina, cerró las ventanas y se retiró.

Roxan llegó sin avisar, como siempre. Fey nunca le mostró a nadie sus apuntes excepto a ella. Rose, como le decía Ted, estudiaba Historia del Arte. Fey siempre creyó que debió ser artista, pero ella decía que sus ideas eran muy progresistas para el gremio.

—Creí que no te interesaban estas cosas —dijo Roxan, cuando Fey le preguntó sobre mitos y leyendas.

—Tú lo has dicho, no me interesaban, ahora... es distinto. —contestó mientras miraba su mano vendada.

—Ya veo, pues bien, mañana te puedo traer todo lo que tengo acerca de eso. Te advierto, tampoco es que hay mucho, recuerda que mi especialidad es la historia del arte. La mayoría de las cosas que hemos visto hasta ahora son acerca de la época medieval —Fey la escuchó atenta.

—De hecho esa es la época que más me interesa analizar —dijo pensativa.

—¿Y eso? —preguntó Roxan curiosa.

Fey no contestó, en cambio sonrió. Roxan la miró con sospecha, pero luego hizo un comentario que hizo reír a su amiga. Era su habilidad, hacer sonreír a las personas.

Como era tarde, Roxan se retiraba y Ted se ofreció a acompañarla.

—No seas paranoico, voy en autobús —contestó.

—Rose, por favor, así estaré más tranquilo —le rogó.

—Sí, déjalo y así me lo sacas de encima aunque sea un minuto —comentó Fey, hojeando el cuaderno de notas que al fin encontró.

—¡Ajá! Echándome al necio a mí. No, gracias. —dijo y Ted la miró con reproche—. Ya, está bien. Vamos —dijo despidiéndose de Fey y saliendo hacia el carro de Ted.

Ella sonrió, desde que se conocían siempre fue como otra hermana, como un miembro más de su familia.

Ted iba al volante cuando empezó a llover. Rose le decía lo paranoico que era, cuando una persona se les cruzó en frente y ella gritó haciendo que Ted frenara de repente y se saliera del camino. El vehículo se deslizó con precipitación y quedó a un lado de la carretera.

—¡Auch! ¿Estás bien? —preguntó Ted al sentir un fuerte dolor en el cuello.

—Eh... —moviendo un poco la cabeza, dándose cuenta de la herida de su frente—. Solo espero que no me deje una marca.

—¿Qué fue eso? —preguntó Ted, tratando de aflojar los músculos del cuello.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella. Se quitó el cinturón de seguridad y salió del coche con rapidez. Ella buscó desesperada el cuerpo de la persona.

—¡Ojalá que no lo haya golpeado! —pensó al tiempo en que sintió un fuerte dolor en la herida.

—Rose, ¿qué sucede? ¿qué buscas? —preguntó Ted, sin dejar de mover el cuello para aminorar la tensión.

—¿Acaso no lo viste? —sorprendida por aquella pregunta.

—¿Ver qué? —perplejo ante esa reacción.

—Espera —dijo y se volteó a verlo—. ¿No viste la persona que se nos cruzó?

—¿Qué persona? —reflexionando un poco—. A ver si entendí, ¿tratas de decir que atropellé a alguien?! —ella afirmó con un movimiento de cabeza—. Pero...si así fue, ¿dónde está el cuerpo? —miró a los lados

—¡No lo sé! ¿Por qué crees que grité como loca? —exclamó.

—De acuerdo, relájate, vamos a pensar si hubo alguien aquí hace unos segundos, ¿dónde está? —preguntó confundido.

En ese momento escucharon un estrepitoso ruido encima del coche, ellos voltearon al instante.

Había un hombre sobre el carro, de piel pálida, sus ojos no tenían expresión y esa sonrisa... era una sonrisa sin la más mínima emoción.

—¿Me buscaban? —preguntó.

—¿Quién eres? —Ted retrocedió protegiendo a Roxan.

—¿Quién soy? ¡Je! Ese es el menor de tus problemas —dijo al momento en que sus ojos cambiaron de color. Roxan ahogó un grito.

De pronto ese hombre se lanzó sobre ellos, golpeó a Ted en el rostro e hizo que cayera de bruces al suelo. Tomó a Roxan del cuello y la levantó, apretándola un poco más.

Ted trató de levantarse, pero el golpe lo tenía noqueado.

—Regálame un grito —le susurró a Roxan, cuando la apretó más por la garganta.

—No crees...que vas un poco rápido para pedirme regalos —murmuró y, con las fuerzas que le quedaban, lo rasguñó en el brazo. Él la soltó por un instante.

Ángel se extrañó al llegar a su habitación. Si bien todo estaba como lo había dejado, ahora no estaba solo. Se sorprendió al ver que él estaba ahí.

No dijo nada, se quedaron viendo como si se hablaran a través de la mirada. Entonces lo supo. No estaba solo y mientras ellos se miraban, su compañero estaba cazando.

Tomó a Roxan por el cabello y la haló hacia sí, ella tiraba con fuerza tratando de escapar, pero él era más fuerte. Ted logró ponerse de pie y, con un tronco que encontró en el suelo, lo golpeó por la espalda con todas sus fuerzas.

—¡Oh, Dios! —exclamó al ver que eso no le hizo nada.

Empujó a Roxan de tal manera, que quedó tumbada sobre el suelo y fue tras él, quien al notar que su ataque había fallado, empezó a retroceder.

Ángel trató de descubrir dónde era la agresión, pero aquellos ojos le decían que no sabía y que él no debía entrometerse en lo que no le incumbía. Comenzó a enojarse y decidió guiarse por su instinto pero cuando se dirigió a la salida, la persona lo detuvo.

—No te metas en su camino —dijo.

Ted pensó en Fey. Ya no podría protegerla y estaría sola en el mundo. ¿Y Roxan? Tenía que hacer algo para que pudiera escapar, pero ¿qué? Roxan estaba tirada en el suelo gimiendo por el dolor en la cabeza, trató de levantarse pero no pudo. De pronto se escuchó un estruendo en el cielo.

Ángel no podía hacer nada, sabía que él era mil veces más fuerte y si lo enfrentaba ahora, no ganaría. Intentó razonar con él, tenía que evitar que más personas sufrieran. Él le sonrió, se puso de pie a su lado, sin tocarlo y lo próximo que Ángel sintió fue un fuerte dolor en el estómago.

El aparecido golpeó a Ted. Cuando comenzó a sangrar, se detuvo. Miró hacia el cielo como si alguien le hablara y se retiró. Ted tosió un poco y se dejó derrumbar sobre el suelo inconsciente.

6 Ángel volvió a estar solo. Tirado en un rincón, lloró. No recordaba haber llorado desde su infancia y no estaba seguro del porqué de esas lágrimas.

Fey se levantó de repente, estaba medio dormida cuando vio a alguien tirado en el suelo llorando. Eso la hizo levantarse de pronto un poco alterada. Estaba intranquila, por alguna razón no podía conciliar el sueño. Salió a la sala y miró el reloj de la pared, 11:20 p. m. Ted no

regresaba. Para calmarse, volvió a tomar su cuaderno de notas y vio algo que no había notado antes, faltaban las últimas cinco hojas...

—Pero qué... —murmuró al notar aquello.

Trató de recordar qué era lo que faltaba. Volvió a ver el reloj, 11:35p. m. Ted no regresaba y comenzó a pensar que ya no lo haría.

Capítulo Nueve El Cazador

A la mañana siguiente, mientras Ángel buscaba en el periódico noticias sobre sucesos extraños, leyó en una nota sobre un accidente de auto el nombre de Teodoro Hope... No podía ser coincidencia, justo la noche en que aquel apareció acompañado del Cazador.

Estaba pálido, aún sentía los efectos de la noche anterior, pero no pudo evitar escuchar al muchacho del periódico y salió por un ejemplar.

Pensó en Fey, en cómo debía estar en esos momentos. Decidió hacerle frente y presentarse ante ella, aunque fuera ocultándole la verdad.

Fey despertó de otro de sus sueños extraños. Al menos ahora, ya no les temía, más bien creía que en ellos podía encontrar alguna respuesta. No estaba segura de cuánto durmió, pero sentía que no fueron suficientes horas para descansar. Ted no llegó y eso la preocupó, se dio un baño con el presentimiento de que si no lo hacía no podría después.

Terminó de vestirse, cuando escuchó tocar la puerta, el corazón le dio un vuelco. Estaba segura de que algo malo ocurría, respiró hondo. Se dirigió a la puerta.

—¿Sí? —dijo al abrir.

Era un joven alto en sus veinte, quizás casi treinta, cabellos oscuros, ondulados, un poco más largos de lo común, piel pálida. Sus ojos, de un azul grisáceo, por alguna extraña razón le parecían conocidos.

Él, al principio no dijo nada. No creía que estaba ahí parado frente a ella en plena luz del día. Estaba nervioso.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó Fey. Había algo en esa persona que le era familiar pero no estaba segura de que—¿Busca a alguien?

—Fey... —dijo casi en un susurro.

—Sí, ¿lo conozco? —mirándolo con curiosidad.

—Ah, uhm... —por un momento se le ocurrió decir que sí, que así era y contarle todo. Pero desistió de la idea.

—No, en realidad no.

Ese tono de voz... ¿Dónde lo escuchó antes? ¿Por qué sentía que lo conocía?

—¿Entonces? —preguntó otra vez.

—Se trata de Teodoro... —dijo.

—¿Ted? ¿Acaso le ocurrió algo? ¿Está bien? —preguntó preocupada—. ¿Qué le sucedió a mi hermano? —dio un paso adelante.

¡Así que era su hermano! Pensó para sí Ángel. Fey lo miró esperando respuesta.

—¿No ha recibido ninguna llamada? —preguntó tratando de encontrar las palabras correctas.

—No, yo... —no terminó la frase y se dirigió al interior de la casa. Volvió a la puerta casi corriendo con el móvil en la mano—¿Qué pasó? —preguntó con los ojos llorosos al ver las llamadas perdidas.

—En verdad, lo siento. No saben cómo fue —dijo entregándole el artículo del periódico.

Fey dio un respiro de alivio, aún está vivo, pensó.

—¿Dónde está? —preguntó más tranquila.

—En el hospital donde fue internada —dijo sin siquiera pensarlo.

—¿Cómo es que sabe eso? —la mirada de Fey pasó de agradecida a acusadora.

—Bueno, es que su hermano y yo trabajamos juntos —mintió

—¡Ah! ¿También es publicista?

—Sí —contestó sin pensar.

Por suerte, Fey no estaba en seguir haciéndole más preguntas sobre su vida; en cambio, entró por un suéter y salió rumbo al hospital.

La policía le explicó todo lo que sabían hasta el momento. Suponían que era un caso de choque y fuga. Los doctores por su lado eran un poco pesimistas, tanto Ted como Roxan se hallaban en un estado delicado.

No podían explicar la causa de los moretones de Ted en el estómago o la fractura del cuello. Roxan, por su lado, estaba inconsciente con un golpe en la cabeza.

Al salir de las habitaciones donde los tenían internos, se sorprendió al ver a Ángel esperando afuera.

Fey lo miró sonriente, no podía creer que estuviera ahí. Se le acercó y lo invitó a tomar algo. Al principio, él se sintió incómodo caminando a su lado, pero poco a poco se relajó.

—Todavía no sé cómo te llamas —dijo Fey mientras tomaba un café.

—Ángel —contestó.

—Así que Ángel, debes ser una especie de guardián con ese nombre —dijo a manera de broma.

—Seguro —respondió sin entusiasmo.

—Gracias por avisarme —él sonrió.

Se sentaron en una mesa cerca de las ventanas. Fey tenía la vista perdida. Ángel, la observaba. Había vivido muchos siglos y conocido a muchas personas. Pero ninguna como a ella, algo tenía que era diferente, pero él no sabía explicar qué, todavía no.

—Estarán bien —dijo.

—Sí, a lo mejor —contestó

—¿No cree que sea así? —preguntó.

—No, creo que no —dijo mirando el cielo a través de la ventana.

—¿Por qué? —preguntó interesado.

—Bueno —respiró hondo—. ¿Alguna vez te has preguntado para qué existes? —Ángel no supo qué decir— Yo lo tenía todo muy claro, creía saber cuál era mi razón de existir —dijo—. Pero desde esa noche... todo cambió —recordó la noche que la marcó. Ángel supo a qué se refería y solo bajó la mirada—. Sabía que nadie iba a ayudarme, como nadie pudo ayudar a mis padres. Tenía tanta rabia porque no pude salvarlas, sólo corrí como una cobarde —Ángel solo escuchaba—. Cuando lo tuve frente a mí, vi en sus ojos mi muerte. No entiendo por qué no lo hizo, por qué siendo lo que era, actuó como un hombre.

—¿A qué se refiere con actuar como un hombre? —se animó a preguntar.

—No sé por qué te lo cuento, pero lo que causó todo aquello, no fue una persona normal. Era una especie de bestia con colmillos —dijo—. Un vampiro.

—¿Cómo? —trató de controlarse para no salir corriendo.

—Eso —hubo un silencio—. Debes pensar que estoy loca —al notar la expresión perpleja de Ángel.

—No, para nada. Suena a una película de fantasía —mirándola a los ojos. Ella sonrió.

—Créeme, sé lo que vi. Yo tampoco creía en seres sobrenaturales, pero en fin... No sé por qué

te cuento esto si apenas nos conocemos —dijo y luego de una pausa continuó—. Como te decía, lo más extraño de todo fue que al final sólo se quedó mirándome, me dio la impresión de que me iba a besar o algo así —retomando la historia—. Yo me quedé paralizada.

—¿Por qué? ¿Te iba a lastimar? —preguntó sudando frío.

—Es tan absurdo, pero me dio la impresión de que estábamos conectados de alguna manera.

Los siguientes minutos se mantuvieron en silencio. Ella terminó de beberse el jugo, él la miró. Estaba atónito. No podía creer que estuviera ahí, sentado frente a ella, escuchándola hablar de la primera vez que se vieron. Era surreal.

—Pero no lo hizo —se animó a decir más tarde.

—No, creo que me escuchó y se fue.

—Pienso que aunque no lo sepamos, todos estamos vivos por algo.

—Será, yo también estoy empezando a creerlo, aunque no estoy muy segura de cuál sea mi caso —se quedó pensativa.

—Le aseguro que tarde o temprano lo descubrirá —dijo. Fey sonrió.

Tenía tantas ganas de decirle quien era, pero todavía no, no era el momento.

Ese sábado no llovió. Eran más de las cuatro de la tarde, Ted no presentó ningún cambio en su condición, al igual que Roxan seguía estable.

Fey estaba sentada en la sala de espera con la cabeza baja, pensativa. Ángel se acercó para despedirse. Tosió para llamar su atención. Ella levantó la mirada hacia él.

—¿Sucede algo?

—Ya debo retirarme.

—¡Ah sí! Entiendo —se puso de pie—. Gracias por el apoyo que nos has dado —dijo y extendió la mano como saludo.

Él dudó, pero pensó que se vería extraño sino aceptaba, así que le correspondió y al instante en que sus manos se tocaron fue como si una bomba hubiera explotado. Ambos ya conocían esa sensación. Fey se apartó al instante.

—Me retiro, espero que mejoren —dijo Ángel, entrando las manos en los bolsillos.

—Gracias —esta vez sin dejar de mirarlo.

Se retiró a paso lento mientras ella se sentaba como hipnotizada y ambos pensaban:

—¿Qué fue eso?

No lejos de ahí, una figura oscura atrajo a una mujer hasta los límites de la ciudad y, antes de que pudiera pedir ayuda, la mordió. Sonrió y desapareció. Dejó al Cazador, quien ya se disponía a atacar a un señor.

El Cazador era el sirviente más leal de la alta clase. Un vampiro de clase baja que como la Bestia, se divertía lastimando a otros, en especial a los humanos. Notó a su amo intranquilo y preocupado, no entendía por qué lo había dejado atrás.

Ángel recorrió la ciudad tratando de encontrarlo, pero no vio ningún indicio de que todavía estuviera cerca. Él sabía que el Cazador siempre estaba con su amo, por lo que pensó que no tenía más de qué preocuparse.

Él se crió entre ellos. Y a diferencia de los *dhampir* que ayudaban a otros, los cazadores preferían hacer lo contrario.

Ángelus pensó todo esto frente a la casa de Fey. Ahí estaba la lista, le sorprendía saber que los datos que ella recopiló le serían útiles para enfrentarse al cazador.

Ángel meditó por un instante. Ser un *dhampir* era peligroso para cualquiera que estuviera cerca de él.

Su cabeza comenzó a llenarse de cosas negativas, hasta que recordó lo vivido ese día. El estar con ella, comportarse como un humano cualquiera y conocerla más a fondo.

Ambos estaban en la misma situación, ella por ser testigo, él por ser el autor. Si quería acabar con eso, debían estar juntos. Ahora necesitaba volverse su aliado, pues si en verdad quería protegerla, debía permanecer cerca de ella.

Capítulo Diez Los fugitivos

Al día siguiente, Ángel regresó al hospital. Allí conoció a los familiares de Roxan, quienes a pesar de estar lejos, no dudaron en ir en su auxilio: su madre era una señora robusta y cuarentona, con algunas arrugas en el rostro y su prima, una joven de algunos treinta, con el rostro marcado por una expresión dura, como quien ha vivido mucho. Fey charlaba con ellas cuando él llegó, al notar su presencia, le hizo señas para que se acercara. Los presentó y luego se dirigieron a la cafetería.

—Debe ser molesto —comentó Ángel, señalando la mano vendada de Fey al notar la dificultad que tenía para sostener un plato con ambas manos.

—Sí, es algo difícil, en especial cuando es la mano activa la que sufre los daños —dijo sentándose en una de las mesas, dispuesta a empezar a comer.

—¿Es zurda? —preguntó sin saber porqué eso le provocaba tanta curiosidad.

—Así es —contestó.

Mientras comía, Fey le informó el estado de los heridos, «no hay cambios». Y eso le molestaba. También contó que la noche anterior dos oficiales encargados del caso fueron a hacerle preguntas, porque encontraron a tres personas en diferentes lugares de la ciudad con las mismas características.

—Estoy segura de que fue el mismo que atacó a mi hermano —susurró—. Y voy a descubrir quién es —sonaba tan segura que Ángel se puso un poco nervioso.

—¿A qué se refiere? Pensé que había sido un accidente —dijo.

—No, las heridas que tienen no son de un accidente de auto. Algo los atacó y voy a descubrir qué o quién fue. Aunque si es lo que pienso, necesitaré mucha ayuda —continuó comiendo, sin decir más.

Ángel la observaba. ¿Acaso estaba loca? No tenía ni la más remota idea de a qué se enfrentaba.

Volvieron a la sala de espera, los familiares de Roxan conversaban con los médicos. Se sentaron en las sillas y continuaron charlando.

—¿Te gustaría entrar? —preguntó cuando Ángel miró hacia la habitación donde se encontraba Ted.

—No creo que sea prudente —volteó la mirada.

—Eres su amigo, ¿no? Yo creo que más que prudente, es necesario —dijo, sonriéndole para animarlo a entrar.

—¿No será molestia?

—¡Claro que no! ¿Vamos? —parándose y haciéndole señas para que fuera con ella.

Ángel, una vez más, no pudo negarse y la siguió hasta la habitación. Cuando entraron, una enfermera verificó el estado de Ted. Luego de anunciarles que no debían durar más de unos minutos, los dejó a solas.

El semblante de Fey cambió haciendo notar el malestar que le causaba ver a su hermano en ese estado. Se le acercó, tomó su mano y luego miró a Ángel quien no se movió de la puerta, analizando las heridas en su cuerpo. No había duda, el Cazador era el causante.

—Acércate —le dijo, volviendo a mirar a su hermano—. Seguro tu presencia le hará bien.

Ángel se acercó. Duraron unos minutos en silencio mientras Fey acariciaba el rostro de su hermano. Luego, sonrió y murmuró que creía haberlo superado. Él supo a qué se refería, pero por más que se quisiera, ciertas cosas no se superan.

Cuando empezó a sentir la sangre de Ted, notó que dentro de sí había un comportamiento diferente. Se concentró y se dio cuenta de que su sangre ya no era dulce como antes, eso lo preocupó.

El Cazador no había dejado sobrevivientes antes. Como vampiro, las posibilidades de infectar a sus víctimas vivas eran muy altas. Empezó a notar los detalles del ataque, sin duda los golpes fueron causados por contacto físico directo, es decir, no utilizó otra arma que sus manos.

Entonces, una idea le cruzó por la cabeza y no le gustó. Tenía que ver con urgencia a Roxan y comprobar sus sospechas. Le pidió disculpas a Fey y salió. Respiró hondo y aclaró sus ideas. Si era cierto lo que pensaba, estaban en serios problemas.

Minutos más tarde, Fey se reunió con él y los familiares de Roxan en el pasillo, cuando se escuchó el ruido de unos vidrios romperse. Todos se alertaron y vieron cómo una de las enfermeras caía al suelo en el pasillo. Se acercaron a ella y, en el momento en que Ángel se agachó para atenderla, vieron a uno de los doctores ser expulsado de la habitación a través de la puerta que terminó derrumbada. Por las marcas de su cuello, parecía que lo mordieron. Ángel se le acercó, tomó su pulso y mientras lo hacía, miró de reojo al interior de la habitación.

Fey y los demás dieron un grito al ver la escena. Roxan de pie, sobre su cama se limpiaba el labio inferior. Sus ojos eran inexpresivos, parecía otra persona. Su madre se desmayó y tumbó a su sobrina que trató de sostenerla. Roxan sonrió.

—¡Sal de aquí! —le gritó Ángel a Fey, halándola para que se apartara de la enfermera. En eso, otros miembros del personal se acercaron corriendo —¡Salgan todos de aquí! —les ordenó a gritos.

Unos hombres se llevaron a la enfermera junto con la madre de Roxan y su prima. Se acercaron al doctor, pero Ángel les gritó que ya no podían hacer nada por él, tenían que alejarse lo más pronto posible. Roxan seguía inmóvil. Observó todo sin hablar.

—Debes irte con los demás —volvió a decirle Ángel, quien no se atrevía a moverse de su lugar.

—No lo haré, ¡es Roxan, no puedo abandonarla! —gritó.

—No podemos hacer nada por ella, tenemos que irnos —tomándola del brazo para sacarla de ahí. Al tocarla sintió estática en sus dedos.

—No, no la... —pero no pudo terminar la frase. Al voltear la vista hacia el pasillo quedó en shock.

Ahí estaba él, caminando a paso lento, con una sonrisa en los labios. Sus ojos, al igual que los de Roxan, eran inexpresivos. Fey se paralizó, no entendía lo que sucedía, sólo sabía que aquello parecía una mentira.

Volvió en sí al escuchar la voz de Ángel. Volteó la vista hacia él y, luego, volvió a ver a Roxan. Eran los únicos que quedaban en el pasillo.

—Ted...hermano... —fueron las únicas palabras que Fey pudo pronunciar al verlo.

Unos oficiales aparecieron de pronto por ambos lados del pasillo, Ángel de inmediato hizo que Fey se tirara al piso, y la protegió de la lluvia de balas que se desató en el lugar cubriéndole la cabeza con sus brazos. Fey soltó un grito a causa del ruido que provocaron los disparos. Cerró los ojos para no ver la escena.

Los oficiales no podían explicar lo que veían. Era como si las balas no pudieran hacerles daño. Se sorprendieron más cuando Ted tomó una silla, la lanzó contra el cristal de la ventana del pasillo, y luego saltó junto a Roxan a través de ella a cinco pisos de altura. Al acercarse al hueco provocado por la silla, los oficiales se sorprendieron y quedaron atónitos al ver cómo los fugitivos corrían, alejándose del lugar.

—¡Deprisa! ¡Vayan por ellos! —gritó un policía. Los demás empezaron a correr hacia los ascensores y las escaleras.

Un agente se acercó a Ángel, le preguntó si estaban bien y le pidió que se retiraran del lugar. Luego, siguió a sus compañeros en la persecución que se había desatado.

—¿Está bien? —Ángel le preguntó a Fey al ver cómo se recostó sobre la pared.

—No...entiendo... —dijo con la vista fija en el cuerpo del doctor—. Por...por qué... —y comenzó a llorar.

—Tenemos que irnos, no te ves bien.

—¡Claro que no estoy bien! —dijo enfurecida—. ¡Cómo se supone que esté bien cuando mi familia parece poseída! Explícame, ¿puedo estar bien así? —se le notaba el enojo.

—Yo...lo lamento mucho... —contestó él.

—Tú lo lamentas, ¿pero yo qué? —desconcertada, se arrodilló mientras seguía llorando.

—El llanto no resolverá nada —dijo acercándose a ella.

Fey se quedó en silencio, un pensamiento repentino le cruzó por la mente. Miró el lugar donde estaba el doctor, vio a Ángel y seguido observó el hueco por donde Ted y Roxan se habían lanzado.

—¡Claro! ¿Cómo no lo pensé antes? —murmuró con los ojos bien abiertos como si una idea se le acabara de ocurrir.

—¿Qué? ¿En qué está pensando? —preguntó Ángel temiendo por la respuesta.

—Acompáñame —dijo al ponerse de pie.

—¿A dónde? Tiene que revisarla un médico, podría estar herida.

—No estoy herida, estoy... —de pronto sintió un mareo que no la dejó terminar la frase y Ángel la sostuvo para evitar que se cayera. Sintió la estática de nuevo, pero con menos intensidad.

—Primero la verá un médico, luego iremos a donde quiera —dijo y la cargó en brazos.

—Necesito ir a mi casa —dijo en tono apagado.

—Luego.

Los oficiales no pudieron darles alcance. A pesar de que se dispersaron por toda la ciudad y decretaron alerta roja en todo el territorio. La ciudad estaba en pánico, muchos tomaron medidas de seguridad extremas, mientras otros se exiliaron al campo o a otros pueblos cercanos.

La madre de Roxan fue sedada por el ataque de nervios que le dio. Algo parecido ocurrió con Fey, a quien también sedaron para poder cambiarle el vendaje de la mano lastimada.

Ángel no se separó de ella ni por un instante. Por más dolor que le causara a Fey, tenía que acabar con Ted y Roxan, sus almas estaban corrompidas.

Sin embargo, ella le preocupaba. Se encontraba sola y no podía abandonarla en una situación así, mucho menos ahora que se le ocurrían algunas ideas descabelladas.

Al día siguiente, a Fey le costó un poco recordar lo ocurrido a causa de los fuertes medicamentos. Pero una vez aclarada su mente, se dirigió directo a la biblioteca. Ángel la acompañó, no sin antes preguntarse a sí mismo qué buscaba ella en una biblioteca. Luego, se dio cuenta de que solo tenía que esperar un poco más para responder a esa pregunta.

—¿Qué hace? —preguntó Ángel.

—Averiguo cómo salvar a mis hermanos —le dijo mientras leía los títulos de los libros que revisaba—. Hazme un favor —sacó tres libros a la vez del estante—. Sostén esto —él se acercó y ella le pasó los libros.

—No debería hacer tanto esfuerzo recién salida del hospital —comentó con el rostro serio.

—Primero, estoy bien, pero gracias por la preocupación —volvió a tomar otros dos libros—. Segundo, ¿cómo puede ser que después de lo ocurrido sigues hablándome de usted? —Ángel se sorprendió con aquello—. ¡Auch! —exclamó ella soltando uno de los libros que sin darse cuenta había tomado con la mano lastimada—. ¡Estoy bien! —dijo antes de que Ángel le dijera algo—. Vamos, con esto es suficiente.

Él la siguió. Creyó que se iban a sentar en una de las mesas por lo que se dirigió a la más cercana. Pero Fey le hizo señas para que continuara a su lado caminando. Ella llenó unas fichas para sacar los libros y Ángel se preguntó a dónde irían. Pregunta que se contestó al llegar a la residencia de los Hope.

Fey estaba indignada, había soportado que se metieran con ella, con sus padres, hasta con sus amigas, pero esa fue la gota que derramó el vaso. Se metieron con las dos personas que más quería y con las únicas que podía contar. Eso, no lo iba a permitir. Buscó sus anotaciones para regresar a la sala donde Ángel aguardaba un poco nervioso.

—Si quieres, puedes irte, estaré bien —le dijo mientras hojeaba los libros.

—No hay problema, en serio.

—Pero seguro tienes cosas que hacer, digo, tienes una vida, ¿no? —Ángel ni siquiera tenía que pensarlo, para él su vida estaba frente a sus ojos. Aunque no sabía por qué.

—Estoy de vacaciones, no te preocupes por eso —contestó observando la libreta de notas.

—Mira, voy a ser honesta contigo. No sé a lo que me enfrente y puede ser muy peligroso. Estas cosas van más allá de la capacidad humana, no espero que te involucres en algo que no tiene nada que ver contigo —Ángel se asombró por sus palabras.

No contestó, así que Fey tomó esto como respuesta. Le sonrió y siguió con su trabajo.

Duraron varias horas leyendo. Fey escribía en una hoja de papel el dato preciso de cada texto. La facilidad con que lo hacía llegó a impresionar a Ángel. Al final, solo quedaban dos libros por consultar. Decidieron dejarlos a un lado y analizar los que tenían a mano hasta el momento.

—No hay duda, se trata de un vampiro —dijo ella.

—¿Un qué? —Ángel se tensó un poco.

—Sé que suena extraño pero tuvo que haber sido eso. Una criatura que se alimenta de la sangre de los demás, y vive de noche —recitó mientras caminaba de un lado a otro pensativa—. Aunque este tiene características bien específicas, al parecer hay varias clases de vampiros y... —volvió a leer una de las notas—. Según esto, fue un Cazador —Ángel se quedó en silencio. ¿Cómo podían tener esos datos los libros de una biblioteca universitaria? Necesitamos ajo, agua bendita y una cruz de madera —observó leyendo sus últimas anotaciones.

Ángel no pudo evitar sonreír ante la mención del ajo. El hecho de que al Conde Drácula no le gustara el ajo, no significaba que eso podía espantar a los demás. Era un estereotipo sin fundamentos, en su opinión. Sin embargo, la idea de una cruz de madera lo puso un poco nervioso. Nunca había podido soportar irritarse ante aquel objeto.

—¿Para qué necesitamos todo eso? —preguntó.

—Iremos de cacería —los ojos de Fey tenían un brillo especial. Y eso lo asustó.

—¿Qué?

El Cazador estaba feliz, volvía a anochecer y su última cena estuvo tan buena, que esperaba con ansias la siguiente. Sintió la presencia de sus víctimas ahora convertidas en aliadas y era necesario encontrarse con ellas. Las siguió hasta una cueva a pocos kilómetros de la ciudad. Ted se comía un conejo gris, mientras Roxan lo observaba como si se entretuviera.

—Amigos míos... —escucharon la voz de aquel hombre pálido sin expresión en los ojos y una sonrisa sombría.

—¡Eres tú! —exclamó Roxan asombrada.

—Me debes un grito —susurró él acercándose a ella al tiempo en que la tomó del cuello. Ted seguía con el conejo.

—Tómalo —dijo ella.

—Buena niña —dijo y la lanzó contra la pared, a lo que ella gritó— ¿Lo disfrutas? —dirigiéndose a Ted.

—¿Tú qué crees? —contestó.

—Acompáñame, yo te enseñaré las cosas buenas de la no vida —Ted se puso de pie y lo siguió. Roxan se paró del suelo, hizo un movimiento de cabeza, acomodándose los músculos del cuello y fue detrás de ellos.

Capítulo Once La primera batalla

Ángel quedó sorprendido por la rapidez con que transcurrió el día. En un abrir y cerrar de ojos, él y Fey ya se encontraban en la calle cazando vampiros. Él había puesto miles de pretextos para impedir esa locura, pero no le quedó más remedio que ir con ella porque si no lo hacía, ella iría de todos modos. Su misión, de eso estaba clara, era salvar a sus hermanos.

Llevaban dos horas caminando, todo parecía normal a pesar de que él empezaba a sudar. Se apoyó de la pared y tomó un sorbo de la poción. Ella al voltear la vista, se extrañó de verlo tan pálido.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que no he comido muy bien —dijo con la vista en su cuello.

—Pues, tienes que comer algo o te vas a enfermar —dijo moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

—Sí... —podía sentir la sangre moverse a través del cuello de Fey.

Se sentó en el piso apoyado del poste de luz, en espera a que la poción surtiera efecto.

—Estás muy mal. ¿No prefieres irte a descansar? —preguntó preocupada.

—¿Y tú? —preguntó sin siquiera mirarla.

—Bueno, llevamos horas en esto y nada. Además...no estoy tan segura si quiero verlos... —sonrió con los ojos llorosos.

Ángel se alegró al saberlo. Respiró hondo, se levantó y se dispuso a regresar.

Después de andar algunos pasos en dirección contraria, él se detuvo de repente al sentir la presencia del enemigo. Escucharon un grito.

Fueron al lugar, pero antes de llegar escucharon otro similar.

Al llegar, ella volteó el rostro llena de repugnancia. Ángel observó al Cazador quien lo reconoció de inmediato. En el suelo estaban dos jóvenes de unos veinte años.

—Fey... —murmuró la voz de un Ted diferente al hermano mayor, alto y esbelto, de ojos claros y sinceros, de voz cálida y afable que ella recordaba.

—¡Fey! —ahora la voz provenía de Roxan—. ¿Vienes a celebrar con nosotros? —dijo sonriendo.

—¿Celebrar? ¡Estás loca! —exclamó sin creer lo que escuchaba—¡Rose!, ¿no te das cuenta en lo que te has convertido? —dijo, pero se detuvo ante la carcajada de su amiga.

—¿En qué se supone que me convertí? Porque yo lo que veo es que soy más fuerte, más rápida y estoy más bella —dijo.

Fey estaba perpleja, su amiga nunca le había hablado de esa forma.

—Ted, escúchame —se dirigió a él.

—Hermanita, ¿no prefieres estar con nosotros?

No podía creer lo que escuchaba. Era una locura, todo eso debía ser un mal sueño. Se dio cuenta del peligro en que se encontraba, tomó la cruz en sus manos, mostrándola a todos antes de que Ted se acercara a ella.

Ángel retrocedió al igual que los demás, quienes se mostraron enojados.

—Lo lamento. Pero no voy a dejar que sigan así —dijo con pesar.

—¿Y crees que con ese pedazo de madera nos vas a detener? —rio el Cazador.

Ángel se acercó a Fey y aprovechó el shock en el que se encontraba, para hacerla dormir, presionando un punto en su cuello. La tomó en brazos y la recostó en el piso, fuera del perímetro de los vampiros.

—Ángelus. Mi amo tenía razón. Eres un estúpido —comentó el Cazador.

—¿Sabes que no permitiré que salgan de aquí, cierto? —contestó mirándolo a los ojos.

—Eso lo veremos —murmuró serio.

Acto seguido, Ángel corrió hacia el cazador, lo tomó del cuello y lo lanzó por el aire, pero el Cazador cayó en posición de rana evitando golpearse. Ted y Roxan observaron todo dispuestos a defender a su colega, pero él les hizo señas de que no se entrometieran.

Ángel fue golpeado en el estómago y él respondió con un golpe similar al rostro de su contrincante, tumbándolo al suelo. Ángel vio la cruz de madera, la rompió con el pie y tomó el pedazo más grande que ahora le servía de puñal. El Cazador volvió a atacar y lo golpeó de nuevo en el rostro. Ángel se pasó la mano sobre la cara y tras desvanecer el aturdimiento, volvió a ponerse en pie y sostuvo con más fuerza el ahora puñal de madera. El Cazador volvió a acercarse para golpearlo, pero Ángel lo detuvo y le clavó el puñal en el pecho. Se hizo polvo al instante.

—¿Quieren terminar como él? —dijo volteándose hacia Ted y Roxan—. Les recomiendo que se alejen —Ted y Roxan retrocedieron, mirándolo asustados y se alejaron del lugar.

—Lo lamento. Pero es lo mejor para ti —murmuró Ángel tomando a Fey en sus brazos.

Capítulo Doce Las ánimas

Ángel no estaba seguro de poder decirle lo sucedido.

Ella despertó en la sala de su casa, preguntándose cómo había llegado hasta allí. Todo lo veía borroso.

Llegó a la conclusión de que se trataba de un mal sueño. Miró a su alrededor y lo vio sentado en el mueble.

—¿Qué pasó? —preguntó sentándose.

—Te desmayaste —mintió mirando el suelo, aún no sabía qué decirle.

—¿En serio? Solo recuerdo haber visto a mi hermano y a Roxan... creo que debí soñarlo —dijo.

Ángel estuvo tentado a decirle que sí, todo había sido un sueño.

—¿Pasaste todo este tiempo aquí? —preguntó ella un poco sorprendida.

—Es que... me preocupé y no quise dejarte sola, al menos hasta que despertaras —dijo un poco tímido.

—Te tomas demasiadas molestias por alguien a quien apenas conoces —dijo mirándolo.

—Quizás, pero creo que no lo puedo evitar.

Sonó el teléfono. La voz que escuchaba era de la prima de Roxan, quien le pedía que regresara al hospital. Su tía quería hablar con ella.

Ángel la esperó afuera de la habitación. No le importaba mucho lo que les sucediera a ellos, pero sabía que eran parte importante de la vida de Fey.

Una enfermera cruzó por su lado ayudando a caminar a una joven. Él sintió que la conocía de alguna parte. En ese momento, Fey salió de la habitación y la joven le sonrió.

—¡Ya puedes caminar! —exclamó sonriente.

—Sí, un poco. Escuché lo que pasó, lo lamento mucho —respondió la muchacha.

—Te enteraste. Como vuelan las noticias aquí... —dijo algo tímida.

—Pueblo chico... ¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien, creo. ¿Podemos hablar? —ella asintió con la cabeza.

Entonces, Ángel se dio cuenta del por qué le era tan familiar al momento en que fueron presentados. Ahora entendía la razón de sus heridas.

Cuando estuvieron en la habitación, la enferma los dejó solos. Ángel prefería permanecer alejado de ellas, al fondo de la habitación, pues no quería imponer su presencia en un asunto que no le incumbía.

—Es difícil, ¿cierto? —comentó la joven.

—Sí —ella le contestó.

—Lo lamento. Imagino que ahora irás a buscarlos, ¿no? —preguntó.

—¿Cómo que buscarlos? —intervino Ángel desde el rincón.

—Sí, buscarlos para salvar sus almas —ella contestó sonriente.

—¿Y cómo esperas que haga eso? —respondió Ángel extrañado por el comentario.

—Con ayuda de las ánimas —contestó como si fuera muy obvio.

—¿Qué son las ánimas? —dijo Fey a su vez.

—Almas estancadas en el purgatorio.

—¿Espíritus? —Ella miró tanto a su amiga como a Ángel, quienes a su vez se miraban fijo a los ojos.

—Si encuentras a un ánima, te ayudará a encontrar a tus hermanos e incluso podría ayudarte a salvarlos —agregó la joven. Ángel la observaba. Nada de eso tenía sentido.

—Pero las ánimas están muertas, ¿no? —comentó.

—Así es. Y es posible que muchas mantengan la forma en que murieron.

—¿Cómo es que sabe tanto de eso? —preguntó Ángel desconfiado.

—Creo que existen seres de otro mundo en esta tierra, estamos rodeados de ellos. La Bestia que nos atacó, lo que hizo que sus hermanos se transformaran, no sólo convivimos con otros humanos y animales —contestó esta vez mirando a Fey.

—Espera, entonces ¿sabes de los seres? —preguntó Fey un poco aturdida.

—Sí, al igual que tú, esta no fue mi primera experiencia sobrenatural.

Tanto Fey como Ángel se quedaron estáticos. ¿Quién era esta persona con tantos conocimientos sobre el otro mundo? Pero ¿cómo era eso de que ahora tenían que cazar un ánima para poder ayudar a Ted y Roxan?

Ángel no creía que las ánimas pudieran ser de gran ayuda, pero hablaban de espíritus y eso era otro nivel de seres sobrenaturales.

Al poco tiempo, Fey comenzó a visitar a la muchacha. Duraban horas hablando.

Ángel acompañaba a Fey a casi todas partes. De un modo u otro siempre llegaba cuando ella menos se lo esperaba. Se dio cuenta de que su compañía, más que cualquier cosa, era lo que necesitaba, lo cual la sorprendió dado que nunca había tenido un contacto tan cercano con otro hombre que no fuera Ted. Ahora lo trataba como a un amigo de toda la vida.

—¿En qué piensas? —preguntó Ángel mientras comían en una cafetería.

—En Ted —contestó ella en un tono apagado—. Antes de que todo esto pasara, me pidió que nos fuéramos, que nos alejáramos de todo esto, pero yo me negué.

—No puedes atormentarte con algo que ya pasó —comentó.

—Sí, lo sé —subió la vista y lo miró a los ojos—. En fin... ¿qué me cuentas de ti? Sabes casi todo sobre mí, pero siento que yo no sé nada de ti —Ángel se puso un poco nervioso, hasta ese momento no había reparado en la vida que le hacía creer a Fey que tenía. Se quedó en silencio.

—No hay mucho que decir... —se quedó pensativo—. Soy huérfano al igual que tú. Mi madre murió cuando yo aún era un niño y mi padre nunca estuvo a mi lado —recordar a su padre no le era agradable.

—¿No tienes otros familiares? —preguntó ella, curiosa.

—No.

A esta respuesta decidió terminar con el interrogatorio. Ángel se dio cuenta de sus intenciones y se lo agradeció. Cada día que pasaba con ella, notaba más el parentesco entre ambos.

Ese día salieron a caminar por el parque, el clima lluvioso y fresco. Fey se abrochó el abrigo, pasando sus manos sobre sus antebrazos para darse calor. Ángel se quitó chaqueta, poniéndosela sobre los hombros.

—Estoy bien, no tienes que... —dijo ella mirándolo.

—No importa, se ve que tienes más frío que yo —colocó sus manos sobre los hombros de ella para evitar que le devolviera la chaqueta.

Fey se sonrojó. Hacía mucho tiempo que ningún hombre se comportaba con ella de esa forma. Sin darse cuenta, había dejado que ese extraño entrara en su vida. Sus preocupaciones la habían

cegado.

Esa noche, luego de dejar a Fey en su casa, Ángel se dirigió al cementerio. Tenía preguntas sin contestar y las ánimas eran la respuesta.

El aire se sentía helado. Muchas lápidas estaban en malas condiciones, pues con el paso del tiempo, la gente se olvida de quienes no están en un mismo plano físico. Solo quedaban unas cuantas tumbas en buen estado.

Tenía los cinco sentidos bien despiertos, atento a cualquier movimiento o presencia que pudiera sentir. Hasta que unos minutos más tarde, la vio. Vestida de blanco con el cabello largo hasta las rodillas, tapándole la mitad del rostro, dejando entrever una cicatriz que recorría toda su cara. Las heridas parecían no molestarle, como si las tuviera de toda la vida.

La miró con cautela. Ella empezó a cantar, aun cuando sus labios no producían el más mínimo sonido. Ángel se dio cuenta de que no podía moverse.

Ella sonrió y la canción parecía golpearle la cabeza a Ángel.

El que caza, cazado será.

Un dhampir perdido, se encontrará.

Cuando la fe lo pueda tocar...

Mientras más se repetían estas palabras, más le dolía el cuerpo. Ella se acercó y cientos de imágenes comenzaron a golpear sus recuerdos.

Una niña lo miraba con rencor. Un hombre reía a carcajadas. Una joven lloraba desesperada. Ángel sintió miedo. Ella se acercó y traspasó su cuerpo. Ángel pegó un grito y se derrumbó sobre el suelo.

De pronto, Fey se sentó alterada. Estaba recostada en el sofá, tratando de no dormirse, cuando esa sensación la invadió. Pensó que era a causa de la soledad. Aún no se acostumbraba a permanecer sola en esa casa. Se puso de pie. Volteó la vista y vio la chaqueta de Ángel. Solo habían transcurrido unas pocas horas desde que él la había dejado en casa. Dio unos pasos en círculos y se detuvo. Era ridículo. ¿Dónde lo iría a buscar si no sabía nada sobre él? Pero observar aquella chaqueta la impulsaba a salir de su casa, tomar aire, respirar. Se sentó. Miró alrededor deteniendo su vista en el mueble, respiró hondo acercándose a la prenda de ropa. La tomó en manos, algo en ella le era familiar. Pero no estaba segura de qué. Esa textura. ¿Dónde la había sentido antes? Empezó a recordar...

—Imposible —murmuró.

De repente se acercó a la puerta, dispuesta a salir. Al dar un paso hacia fuera, quedó paralizada ante lo que vio.

Capítulo Trece La Hiena

Corrió a quitar las cosas del sofá. Con un poco de esfuerzo lo arrastró hasta el mueble, ayudándolo a recostarse. Lo miró unos minutos. Regresó para cerrar la puerta y fue por unas mantas para cubrirlo del frío.

—¿Qué te ocurrió? —preguntó angustiada.

—No... —apenas podía hablar.

—No...no hables. Luego me contarás. Necesitas ir a un hospital —dijo poniéndose de pie, pero él la detuvo sosteniendo su mano.

—No, estaré bien. Ya se me pasará. No llames a nadie... —respiró hondo. Sentía que le faltaba el aire.

¿Estaba loco? Claro que necesitaba ir al hospital. Cualquiera en ese estado necesitaba de un médico.

Ángel respiró al fin. Casi no tenía fuerzas. Fey desistió de la idea del hospital y se sentó a su lado. Con algo de pena alargó su mano para taparlo bien con la manta hasta que tocó su rostro, estaba sudando, ardiendo en fiebre. El cabello empezaba a taparle los ojos, así que lo echó a un lado.

Él sintió su tacto, sus manos tibias y suaves acariciaban su rostro y eso lo llenaba de tranquilidad. Cerró los ojos y, al hacerlo, Fey se acercó temiendo que se hubiera desmayado. Él volvió a abrirlos. La luz frontal era lo más hermoso que había visto.

Fey lo miró. Acarició su rostro. Él la miró con atención. Y ella se apartó de pronto.

Ángel, al notar su alejamiento, volvió a cerrar los ojos. Respiró hondo. En el aire estaba su aroma, eso lo llenaba. Faltaban algunas horas para el amanecer.

«Necesitan ganar puntos para llegar al cielo, por eso muchas se pasean por la tierra, ayudando a otros». Ángel recordó esas palabras mientras Fey volvía a sentarse a su lado, aunque esta vez un poco más lejos. Sin pensarlo, tomó su mano, y ella se sorprendió ante esta acción.

—No te alejes —murmuraba con voz ronca—. Te necesito —su voz se fue apagando, hasta quedar dormido.

Fey se quedó observándolo. No podía creer lo que acababa de escuchar. Desde que lo conocía siempre pensó que ella era quien necesitaba a alguien. Nunca él.

Las ánimas estaban alborotadas. Las podía sentir, era como si todos guardaran algo que los ponía tensos, desconfiados y alterados. Lo comprobó al ver cómo uno de los doctores le gritaba a una enfermera. En esa ocasión, la joven vendada se preguntó ¿Qué está sucediendo?

En ese instante Fey se hizo la misma pregunta, mientras cuidaba de Ángel. Pasaron varias horas desde que el sol salió. No sabía en qué momento exacto se pudo dormir, pero había sido la primera vez en mucho tiempo que descansó, sin tener pesadillas.

—Pero qué rayos... —murmuró al ver cómo uno de sus vecinos arrastraba a su mascota por la calle como un saco de papas—¿Qué hace? —se preguntó.

No podía creer que un hombre en apariencia tan amable parecía estar tan enojado hasta con su adorada mascota.

Estaba tan concentrada en ello, que cuando Ángel tocó su hombro, se volteó y lo golpeó en el

rostro.

—¡Dios! ¡Eres tú! —suspiró aliviada.

—Lo siento —se disculpó él apartándose, pasándose la mano por la mejilla, para su sorpresa ese golpe le dolió.

—¿Estás bien? —recuperando la compostura.

—Sí... bueno... —sin saber qué decir.

—Perdona el golpe, es que me asustaste —le sonrió Fey.

Ángel no contestó. Se quedó mirando por la ventana. Las ánimas seguían alborotadas, pero ¿por qué? Después se dirigió al sofá en busca de sus pertenencias.

—Ví que te estaban molestando para dormir —dijo al señalar las cosas en la mesa.

—Ah, ya —contestó un poco nervioso.

—Por cierto, ¿de qué es ese frasco que llevas contigo? —señaló el pequeño recipiente de cristal con un líquido verdoso.

—No es nada —ocultó la poción y se dirigió a la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Fey.

—Quiero saber qué sucede —señaló la ventana, por donde se divisaban las personas.

—¿Te refieres a lo que ocurre allá afuera? —se acercó a él.

—Sí, será mejor que esperes aquí —abrió la puerta en el instante en que dos hermanos se gritaban desde el otro lado de la calle.

—Pero aún no te has recuperado, ¿piensas salir así? —ella preguntó un poco preocupada.

—Estoy bien —dijo—. Hablamos luego —y salió sin mirar atrás. Pero Fey lo siguió—. ¿A dónde vas? —preguntó Ángel al darse cuenta de sus intenciones.

—Contigo, ¿no vas a creer que me dejarás fuera de esto o sí? —lo miró escéptica.

—Fey... esto no es un juego...

—Lo sé, ¿quién dice que lo es? —respondió riendo mientras se alejaba de la casa.

Ángel dio un suspiro y salió tras ella. Los días eran más cortos y no pasaron dos horas cuando ya el sol se ocultaba.

Las ánimas estaban en todas partes. Alteradas, tristes y abatidas, más de lo normal. Pensó que todo aquello estaba relacionado por ser el Día de los Difuntos.

Ángel le habló de las ánimas y de lo que le pasó la noche anterior. Ella debía saber a qué se enfrentaban.

—¿En serio? —preguntó desconcertada, cuando Ángel terminó su relato.

—¿Entiendes ahora por qué debes quedarte en tu casa?

—Pero eso es imposible, las ánimas están para ayudar —dijo sin hacerle caso a su comentario

— ¿Por eso estás detrás de una? —trató de entender qué hacían ahí—. ¿Acaso crees que ellas tengan que ver con lo ocurrido? —señaló a dos mujeres que se agredían.

—No lo dudo —dijo con el ceño fruncido.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre esto? —ella le preguntó sin dejar de mirarlo.

—Por los libros... —contestó nervioso.

Fey observó a su alrededor con atención, ¿acaso su cabeza le estaba jugando una mala broma? De pronto ella y Ángel parecían ser el centro de atención. No le agradaba la forma en que las personas los miraban. Y se colocó detrás de Ángel.

—No te asustes —escuchó que le susurraba Ángel con la mirada al frente—. Si notan temor en ti, será nuestro fin.

—Qué buen chiste —exclamó nerviosa—¿Cómo quieres que esté tranquila cuando parece que quieren matarnos? —dijo con la vista en las personas que se les acercaban.

—¿Y acaso lo dudas? —él preguntó sereno.

Ángel no lograba entender por qué las ánimas avanzaban hacia ellos de esa forma tan extraña.

Fey apenas podía respirar y con cada intento era como si el aire terminara de escapársele. De pronto, Ángel vio que una niña, con su vestido blanco y su cara cicatrizada, salió del grupo y se puso al frente: era la Hiena.

La única manera de enfrentarla era concentrarse en pensamientos positivos. La Hiena se encargaba de revivir los malos recuerdos de las personas. Personas como él y Fey eran sus preferidas, pues tenían un pasado turbio.

—Tienes que pensar en cosas positivas —le gritó Ángel a Fey, sosteniéndola de los hombros para evitar que se desplomara.

—Estoy sola... sola —dijo con lágrimas en los ojos.

—¡No, no lo estas! —le dijo, mientras trataba de concentrarse en algún suceso positivo de su vida.

—Sí, estoy sola... —solo podía ver imágenes borrosas de ella misma.

—Vamos, si yo puedo, ¡tú también! —esta vez alzó la voz.

—No...yo no... —se sentó de rodillas, mientras Ángel seguía sosteniéndola.

La miró a los ojos, perdiéndose en sus recuerdos. En los pocos días que tenían juntos, ella lo hacía sentir más fuerte. Ángel observaba cómo la Hiena lo miraba con tristeza. Tenía que sacar a Fey de ahí, pero no sabía de cómo.

—¡Concéntrate, no puedes dejar que te venza! —casi le rogó.

—No...puedo... —dijo llorando.

—Piensa en Ted, en lo mal que se sentiría si te ve así —ella cerró los ojos, la imagen de su hermano no era la mejor en esos momentos.

—Estoy sola... —dijo.

—¡No! ¡No lo estás! Yo estoy contigo, me tienes a mí —gritó.

Las lágrimas se detuvieron. Al parecer, aquellas palabras la obligaron a reaccionar. Sin embargo, su rostro continuaba inexpresivo.

—Fey, ¿estás bien? —preguntó nervioso. Ella no contestó.

— Responde, por favor —trató de hacerla reaccionar.

—Ángelus —escuchó la voz de la Hiena que lo llamaba. Pero su mirada continuaba en Fey.

Ángel escuchó la canción de la Hiena y comprendió la razón de todo.

—Fey... —mirándola a los ojos— ¡Te amo! —ante estas palabras, ella lo miró sorprendida—. Te amo y no dejaré que nada malo te ocurra —ella seguía mirándolo sin decir o hacer nada.

Entonces él la besó en los labios.

La Hiena sonrió, al igual que los demás espíritus y, uno por uno, fueron desapareciendo. Ángel se apartó de ella impresionado por lo que acababa de hacer, pero sonrió al ver que eso la había hecho entrar en razón. Ella movió la cabeza un poco aturdida y se pasó las manos por el rostro desconcertada.

—¡Mira! —exclamó Ángel señalando a su alrededor.

Los espíritus desaparecieron, todos menos la Hiena, quien al encontrarse con la mirada de Ángel pronunció su nombre en latín. La cicatriz desapareció de su rostro y una luz del cielo la hizo

resplandecer.

Fey se puso de pie al igual que él y, al ver aquello, tomó la mano de Ángel. Él la miró y le sonrió. Ella aún seguía aturdida y no terminaba de comprender nada de lo ocurrido, ni siquiera el beso.

—Dijiste que no me dejarías sola.

—Así es —contestó con seguridad.

—¿Era en serio? —esta vez su tono de voz mostraba desconfianza.

—Sí —volvió a contestar.

—No te conozco... —dijo, dándole la espalda un poco avergonzada.

—Lo harás, no te prometo que te guste todo de mí, pero juntos saldremos adelante —afirmó él.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó.

—Porque yo sí te conozco —trató de darle más confianza.

Ella reflexionó por unos instantes. Giró sobre sus pasos, colocándose frente a él.

Y antes de que ella pudiera decir nada, él se adelantó:

—Conozco tu vida y no me importa, solo déjame permanecer a tu lado, me necesitas tanto como yo a ti —dijo Ángel y trató de tomarla de la mano.

—¿No tienes miedo? —preguntó.

—Mi único temor es que algo te ocurra. Siempre estaré contigo.

Capítulo Catorce El mensaje

A la mañana siguiente, los rayos del sol despertaron a Ángel. Fey estaba entre sus brazos. No podía creer la paz que sentía en ese momento. Se levantó con suavidad para evitar despertarla y se acercó a la ventana. Miró a su alrededor, todo tenía más sentido ahora.

A varios kilómetros de distancia, el hechicero leía el mensaje que su amigo le envió. Al fin su vida empezaba a tener esperanza. Después, puso en práctica la receta leída. Mezcló algunas especias dentro del caldero. Tuvo que soportar el hedor de las hierbas. Cuando terminó, vertió el líquido sobre la alfombra y miró atento las imágenes que se formaron. Preparó su equipaje y se dispuso a viajar a San Luis.

Días después, cuando ambos se dirigían a la universidad, Ángel le preguntó:

—¿Estás bien?

—Claro —ella contestó un poco distraída.

—¿Segura? —volvió a preguntar, preocupado.

—Sí —sonrió.

—¿En serio quieres hacer esto? —preguntó mirándola.

—Sí, es hora de dejar el pasado atrás —contestó muy segura de sí misma.

—Es un alivio escucharte hablar así —le confesó

—Bueno, en parte te lo debo a ti —lo tomó de la mano y él se sonrojó sonriéndole.

Fey entró a clases, decidida a que ese día sería el inicio de una nueva vida. Ángel, por su parte, estuvo buscando algo productivo que hacer.

Caminó por el muelle, cuando tropezó con un señor vestido de harapos, ya entrado en años. Tenía una gorra gris que ocultaba su rostro. Al ayudarlo a incorporarse el señor le sonrió y Ángel lo reconoció.

—¿Es usted! —exclamó al notar su identidad.

—Ángelus...caminando bajo la luz del sol. Al parecer seguiste mi consejo —contestó el hombre.

—¿Cómo dice? —preguntó desconfiado.

—¡Je! Eres famoso de donde vengo —contestó sonriente.

—¿Y qué lugar es ese? —preguntó aún más confundido.

Mientras caminaba por los pasillos universitarios, Fey no sabía qué era peor, si sentir que la llamaran loca o que le tuvieran lástima. Mientras se dirigía a su clase, se sentía observada... Nerviosa, suspiró, volteó la vista y al hacerlo se topó con unos ojos conocidos. No podía creerlo, corrió en dirección a esa persona. Aminoró el paso...nada, nadie. Aquellos ojos ya no estaban, parecían haberse esfumado. Miró a todos lados tratando de encontrar la presencia de alguien que se alejaba, pero no hubo señales. Respiró hondo y retomó su camino hacia el salón de clases. Eran visiones, no lo dudaba, pero hubiera jurado que sí estaba allí.

—¿Qué dice usted? —volvió a preguntar Ángel, mientras seguía al aparecido hasta las

inmediaciones de la ciudad. Sin darse cuenta habían llegado hasta más allá del bosque.

—¡Je! —rio el extraño otra vez— ¿No te dije que es tiempo de dejar de preocuparte? Deberías estar más atento a lo que está a punto de pasar.

—¿Qué está a punto de pasar? —Ángel preguntó, confundido.

—Tendrás que prepararte si quieres ganar esta guerra. A veces no basta con querer que sucedan las cosas, hay que esforzarse y hacer grandes sacrificios...

Parecía como si de repente el hombre hubiera entrado en trance.

—¿De qué guerra está hablando? —Ángel seguía sin entender una palabra de lo que le decía.

—Tendrás dos opciones —dijo mirando al horizonte, en dirección a la ciudad—. Cuando las verdades salgan a la luz, tendrás que elegir —volteó el rostro y lo miró directo a los ojos—. Conservar lo que has conseguido o dejarlo ir por el bien de todos.

—¿Qué? —le daba el presentimiento de que se refería a Fey.

Tenía mucho que no volvía a la biblioteca. Su interés por saber más de ese mundo había desaparecido, pero ahora volvía a pasar por aquellos estantes sin saber lo que buscaba.

La bibliotecaria observó a Fey con mucha atención. La mujer tenía unos sesenta años bien conservados. Sabía lo que la joven buscaba. Por eso se acercó a ella, la tomó de la mano y la guio hasta el fondo del último pasillo, a una pequeña habitación donde se conservaban los libros más antiguos. Fey la siguió por aquel lugar oscuro, iluminado apenas por una lámpara de techo. La mujer la dejó a solas, Fey reconoció el lugar. Lo notó al instante, ya que allí había leído un ejemplar que hablaba de vampiros poderosos. El personaje de la historia que comenzó a leer se llamaba Kafka.

Ángel creyó estar viendo visiones, pero no dudó de lo que sus ojos le mostraban. Frente a él, apareció el hechicero, cuando el viejo le sonreía y desaparecía.

—¡No! Lo hizo otra vez —dijo molesto.

—Si tanto te molesta verme, puedo regresar por donde vine —comentó él ofendido.

—¿No viste al hombre a mi lado? —preguntó un poco desconcertado.

—¿A quién? ¿Crees que realizo mis apariciones así no más? —contestó.

—¿Cómo? Entonces no viste al señor, un anciano que estaba aquí... —dijo desconcertado.

—No sé de qué me hablas...

—Y entonces, ¿qué haces aquí? —se percató de lo que implicaba la presencia de su amigo.

—Estás en problemas —dijo muy serio.

Fey leía una y otra vez, pero no lo asimilaba. Kafka había tenido un hijo, un niño de una humana, un ser muy poderoso. Y ella lo conocía. No lo podía creer. Había durado tanto tiempo tratando de encontrarlo, buscando información sobre un mundo que no le correspondía conocer y ahora... No estaba segura de qué hacer con esa información.

—Ángelus —ella murmuró, al leer algunas las líneas del libro.

La presencia del hechicero le preocupó tanto o más que las palabras del anciano. El mismo hechicero se lo había advertido varias veces, «el futuro cambia con cada decisión que se tome, por más que queramos no puede ser modificado una vez tomada una decisión irrevocable».

Con esas palabras retumbándole en la cabeza, regresó a la ciudad en busca de Fey. Ya la noche había caído y aunque las cosas estuvieran tranquilas, sabía que eso pronto podría cambiar. No se dio cuenta que alguien lo seguía.

Capítulo Quince El Ángel

Al encontrar la puerta abierta tuvo un mal presentimiento. Quiso quedarse afuera unos instantes antes de ver la expresión de Fey con el libro en mano. No sabía si acercarse y preguntar o quedarse allí esperando a que ella dijera algo. El hechicero, a sus espaldas, observaba la situación.

—Dejaste la puerta abierta —se animó a comentar Ángel.

—Espero a alguien —contestó ella muy segura.

—¿A quién? —preguntó nervioso.

—A Ángelus —dijo levantando el rostro para mirarlo a los ojos.

Ángel se puso pálido. No supo qué decir. Se quedó parado frente a la puerta de madera. Ella, sentada, decía su verdadero nombre. Había descubierto la verdad.

—Así que sabes de Ángelus... —escuchó la voz del hechicero a sus espaldas.

—¿Quién es usted? —preguntó Fey curiosa, al notar la presencia del extraño.

—Un amigo. ¿Qué es lo que sabes de Ángelus? —preguntó otra vez curioso. Fey miró a Ángel.

—Es un vampiro —se detuvo, caminó a la ventana de cristal y fijó su vista al exterior. Y agregó— Hijo de una humana y del vampiro Kafka.

—¿Eso es todo?

—¿Debo saber algo más?

Ángel respiró aliviado, entonces todavía no lo sabía todo. Aun así, sintió miedo. Recordó las palabras del anciano: «cuando las verdades salgan a la luz tendrás que elegir entre conservar lo que has conseguido o dejarlo ir por el bien de todos».

—¿Qué pasa? —Fey lo miró un poco preocupada.

—Creo que es la presión... —mintió con la cabeza baja.

—¿Llamo a un médico? —preguntó acercándose a él.

—Estoy bien... —levantó el rostro, pero al ver a través de las ventanas, volvió a quedarse mudo.

Todo fue tan rápido que apenas le dio tiempo a reaccionar. El cristal de la ventana se rompió en pedazos y por él entraron tres seres vestidos de negro, ojos oscuros, sin ninguna expresión. Las luces se apagaron y todos retrocedieron. El instinto de Ángel lo hizo colocarse justo delante de Fey, quien apenas podía creer lo que sus ojos le mostraban. El hechicero observaba con expresión lúgubre.

El mayor de ellos, un señor elegante con algunas canas apenas visibles y de tez pálida, sonreía con malicia mirando a su hijo. Fey no estaba segura si la voz que escuchó era producto de su imaginación o parte de esa realidad. Sin embargo, no pudo evitar sorprenderse cuando ese hombre que nunca había visto se dirigía a Ángel.

—Ángelus...volvemos a encontrarnos —dijo Kafka.

—Kafka. —murmuró Ángel.

Kafka lo miró. Se acercó y al colocar un dedo sobre el hombro de Ángel, hizo que se le quemara la piel. Y cayó al suelo arrodillado.

—Él es... —Fey trató de pronunciar alguna palabra sin poder creer lo que veía.

—¡Je!, Ángelus, me impresionas... ¿cómo es que no le contaste de tu propio padre? —comentó Ted, a la derecha de Kafka.

—¿Qué? —Fey se llevó las manos a la boca sorprendida.

—Hiciste mal, Ángelus... —dijo Roxan, acercándose a Fey—. Eso está muy mal.

Ángel no contestó, mantuvo sus ojos fijos en Kafka, preguntándose una y otra vez ¿por qué estaba ahí? Y cómo era posible que no hubiera reconocido su presencia desde antes. La voz de Fey hizo cambiar su expresión, dándose cuenta del peligro.

—¿Por... qué se dirigen a ti? —preguntó con voz entrecortada.

—Fey, yo... —sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Hechicero, ¿por qué no le aclaras las dudas a la joven? —sugirió Kafka, e hizo que el hechicero se arrodillara ante él.

—¿Hechicero? —volvió a preguntar Fey.

Ángel sabía que era su fin. Ella sabía su verdadera identidad. Ya nada por lo que había luchado tenía sentido. Alzó la vista y se encontró con una mirada confundida y desilusionada. Vio en sus ojos el mismo temor que había mostrado la noche en que se conocieron, pero con la misma fuerza y determinación de aceptar lo que viniera con valor. Esa misma mirada fue la que lo enamoró.

—¡No te acerques! —gritó poniéndose de pie con dificultad—. No te atrevas tan siquiera a tocarla —le dijo a Ted cuando este se acercaba a Fey.

—No creo que seas quién para darme órdenes —Ted contestó molesto.

Fey lo entendió. La única persona en la que podía confiar... Esa persona resultó ser la misma a quien le debía todo lo extraño en su vida.

—¿Ángelus? —dijo conmovida.

—Fey... —respondió sin saber qué agregar.

—¿Lo ves, Fey? Todos a tu alrededor pertenecen al lado oscuro, no te queda de otra que unirse a nosotros —comentó Roxan, quién se sentó en una silla mientras miraba sus uñas negras y sonreía con picardía.

—¡Cállate! —gritó Ángel, enfurecido.

El hechicero no sabía qué hacer. ¿Cómo enfrentar a un inmortal? Pensarlo era una locura. Pudo recordar un hechizo de distracción, el cual podría proporcionarles un poco de tiempo. Así que aprovechó y, mientras todos parecían haberse olvidado de su presencia, pronunció las palabras *Tempus desistere*.

Todo se detuvo. Ángel aprovechó la situación para acercarse a Fey quien estaba tan extrañada como él.

—¡No te acerques! —gritó ella cuando la intentó tomar del brazo y Ángel sintió como si saliera fuego de la mano de Fey.

—¡Si te quedas aquí vas a morir! —exclamó, dispuesto a arrastrarla si era necesario.

—Terminarán lo que dejaste inconcluso, ¿no? —lo miró con desprecio.

—¡Claro que no! ¿No lo entiendes? Cambié por ti, tienes que confiar en mí —se acercó a ella.

—¿Confiar en ti? —preguntó escéptica.

—Ok, se acabó. No tenemos tiempo para esto —respiró hondo—. Debes irte y punto. ¿Me odias? ¡Bien! Despréciame todo lo que quieras, pero sobrevive primero.

Sin decir más, la tomó del brazo y, a regañadientes, la cargó para salir corriendo del lugar sin

perder un segundo más. Al pasar por la ventana rota, sintió un fuerte ardor cuando rozó su hombro quemado con un vidrio, pero eso no lo detuvo.

De su parte, el hechicero empezó a moverse, al igual que los demás, así que aprovechó la confusión y una vez más realizó el acto que mejor sabía hacer, desaparecer.

Ángel no sabía qué hacer o a dónde ir, estaba herido. Fey gritó con todas sus fuerzas para que la soltara. Y él no pudo sostenerla por mucho más, se detuvo y la dejó ir.

—No pienso continuar contigo —dijo Fey sin mirarlo a los ojos.

—No me sorprende —se sentó en el suelo mientras se sostenía el hombro, a lo que Fey puso un ligero gesto de preocupación—¿Quieres sentarte y esperar a que nos alcancen?

—¿Qué? —reaccionó asustada.

—¿En serio quieres morir? —preguntó alzando la vista, encontrándose con sus ojos.

—No sería mala idea... —respondió serena, sin perturbación.

—Estás loca —comentó con una sonrisa —Aunque no te culpo, ya quisiera yo poder hacerlo —dijo con la cabeza baja, el dolor era insoportable—. Tú, al menos, tienes la esperanza de morir algún día, yo tengo cientos de años deseando algo imposible.

Fey lo miró, no podía creer que esa persona desvalida, pálida y herida era un demonio. ¿En serio era el ser que más despreciaba? Después de todo lo que había ocurrido entre ellos esas últimas semanas. Estaba confundida, no sabía si creer en sus palabras o no.

Mientras ambos se sumergían en sus pensamientos, Kafka apareció. Atacó por la espalda a su hijo, quien quedó derrumbado sobre el suelo. Ted, por su parte, trató de sostener a su hermana del hombro con fuerza. Retrocedió cuando sintió que la mano se le quemaba con solo tocarla.

Ángel levantó la cabeza, todo estaba perdido.

Capítulo Dieciseis La fe

Cuando una persona está a punto de morir, ve pasar ante sus ojos las cosas que más quiso en la vida. Y él sólo pudo ver el rostro de Fey. No veía bien, solo escuchaba las palabras de su padre y los gritos de ella. Roxan, como siempre, se limitaba a ver todo con calma.

—Supongo que debo felicitarte —dijo Ángel con la respiración entrecortada—. Otra vez apareces para arruinarme la vida. Gracias, padre.

—¡Insolente! —exclamó Ted sosteniendo su mano herida—¿Cómo te atreves a hablarle así?

—¡Oh, por favor! —respondió tratando de ponerse de pie —Apenas lo conoces.

—Hijos míos... ¿por qué pelear si ahora todos somos familia? —dijo Kafka, acercándose a Fey.

Ángel la miró mientras Kafka se le acercaba.

—Así que, Fey... —dijo Kafka—. Con todo el poder que tienes, podrías tener el mundo a tus pies.

—¿Disculpe? —ella preguntó sin entender.

—Querida, ¿acaso nadie te lo ha dicho? Eres especial.

—¿Especial? —preguntó confundida.

Kafka rio. Fey no entendía a qué se refería, miró a Ángel pensando en sus últimas palabras. Tuvo deseos de correr, de seguir viviendo. Al final, él había demostrado que su lado humano era más fuerte.

Ella levantó la vista y miró a los ojos de Kafka. Por primera vez el poderoso vampiro sintió miedo y recordó la razón. El anciano tenía razón.

—¿Cómo? —había exclamado Kafka, levantándose del asiento—. Eso es imposible, no existe ser en esta tierra que me enfrente.

—Tantos siglos de vida y aún no lo comprendes —dijo el anciano mientras leía el libro—. La hija de padres humanos, nacida bajo el signo del fuego, será marcada en su brazo hábil por la Bestia y reconocida entonces como la llave del inicio cuando el hijo del demonio no pueda matarla—al decir esto, sonrió.

—Fey... —murmuró aquel nombre, al darse cuenta de lo que significaba.

Empezó a sentirse mareado. Dio un paso hacia atrás y todos se extrañaron. ¿Por qué el poderoso Kafka estaba retrocediendo a la mirada de una simple humana?

Ángel aprovechó esto para ponerse de pie y con las fuerzas que le quedaban empujó a su padre al suelo. Kafka lo agarró y lo golpeó en el hombro lastimado.

Ted gritó al sentir que sus manos se quemaban cuando intentó volver a agarrar a Fey, quien cayó al suelo. Roxan se acercó asustada. No entendía lo que sucedía. Al estar a menos de un metro de Fey, sintió la piel arder.

Ángel observó todo desde el suelo sin comprender qué estaba pasando con ellos. ¿Por qué la presencia de Fey provocaba todo eso?

Kafka se levantó y ahora lo pateó con fuerza en el estómago. Fey se sentía agotada, no sabía qué sucedía o por qué emanaba de ella ese calor. Recordó entonces cuando la Bestia la atacó y de su mano salía un fuego azul. No había pensado en eso y tampoco entendía por qué podía hacerlo.

—Ángel, ¿qué está pasando? —le preguntó asustada.

—No lo sé.

—¿Estás bien?

Ella lo miró con preocupación. Ángel se puso de rodillas y la abrazó. Fey no sabía qué hacer. Él apenas reaccionó al sentir un golpe en la espalda que lo hizo rodar por el piso, aún abrazado a ella.

Una y otra vez fue golpeado por la espalda, mientras seguía cubriéndola con su cuerpo. La lluvia caía y el lodo empezó a taparlos.

—Debes detenerte —dijo Fey—. Por más inmortal que seas, no podrás con esto —las lágrimas le salían de los ojos.

—Por ti, soportaré lo que sea necesario —contestó, tratando de sonreír.

—Eso no es gracioso —dijo mirándolo con seriedad.

—Haré un último esfuerzo, los alejaré, pero tienes que prometer que vas a correr lo más rápido que puedas.

—Pero... ¿qué pasará contigo? —preguntó.

Sacando fuerza de dónde no tenía, Ángel se levantó. Sostuvo a Kafka por el cuello y lo golpeó. La batalla parecía no tener fin.

Fey, al empezar a correr, chocó con Roxan, quien la detuvo con un golpe en el abdomen. Sin embargo, ese golpe lastimó la mano agresora.

—¿Qué es esto? —exclamó alarmada—. No puedo mover los dedos...

Ted aún malherido intentó acercarse a las chicas, pero una fuerza le impedía tocar a su hermana. Ella se volteó buscando a Ángel, quien yacía golpeado en el piso.

Kafka trató de acercarse a ella, pero al igual que los demás no podía, sentía que se quemaba. Así que se dirigió a su hijo, quien trataba de tomar aire luego del último golpe recibido.

—Angelus, sabes que no puedes conmigo, ya es hora de que te rindas —dijo Kafka sosteniéndolo del cuello y alzándolo del suelo.

—Padre, sabes que no voy a rendirme —contestó sosteniéndose de las manos de Kafka al tiempo que lo pateaba con la rodilla y se soltaba, cayendo al suelo de bruces. — ¿Me quieres explicar por qué le tienes miedo a una humana? —preguntó con el aire entrecortado.

—¿Quién dice que le tengo miedo? —preguntó a su vez Kafka quien trataba de reincorporarse.

Pero Ángel lo había visto, ellos no podían acercarse a ella sin ser lastimados, así como él nunca pudo hacerle daño. Y lo supo. Por eso ella era especial. Vio a Ted todavía quejándose del dolor en sus manos, a Roxan en el suelo sin entender qué sucedía y a Fey, mirando a su alrededor sin saber qué hacer.

—¡Fey! ¡Golpea a Kafka! —gritó tratando de ponerse de pie.

—¿Qué? — preguntó ella desconcertada.

—¡Golpéalo! Tú puedes con él. —insistió mirándola a los ojos.

Ella lo vio sin entender a qué se refería, pero se sintió con la confianza suficiente para acercarse a Kafka, quien la miraba con miedo, y lo golpeó en el rostro.

El ser inmortal cayó. Ella, con su mano izquierda, golpeó su hombro y este sintió cómo se quemaba.

—No...puede ser... —murmuró Kafka.

Roxan y Ted quedaron anonadados al ver a su amo derrumbarse sobre el suelo. Se miraron y salieron corriendo.

Fey se acercó a Ángel, quien al ver como Kafka se quemaba se desplomó en el suelo con un suspiro. Se sentó a su lado y acomodó su cabeza en sus piernas. Ya casi no le quedaba fuerzas. Ella lo ayudó a acomodarse. Lo besó en los labios y acarició su rostro una vez más.

Él siempre creyó que cuando ese momento llegara, terminaría solo. Se alegró al comprobar que no era así, que al final ella seguía a su lado. Cerró los ojos. La lluvia comenzó a cesar.

Dahiana J. Vásquez S. (Santo Domingo, República Dominicana, 1988) Docente, periodista multimedia y escritora. Ganó el 2do lugar del Concurso de Cuentos de Radio Santa María en 2018 con el cuento *La bailarina dormida*.

Produce y conduce el podcast sobre educación y pedagogía, *Hecho Fuera del Aula*. Escribe crónicas de viaje en dahianaj.com.

El Inicio, cuya base empezó en la adolescencia, es su primera novela.